

LA HISTORIA VERDADERA

DEL

CONCILIO DEL VATICANO.

III. *

En lo dicho anteriormente vemos con cuánta circunspección procedió Pío IX al llamar á su consejo á los cardenales teólogos y canonistas de Roma. Después creyó oportuno agregarles canonistas y teólogos de otras naciones, á fin de que pudiesen elaborar, en un detenido exámen, como más adelante veremos, el programa detallado de los asuntos que habrían de someterse al Concilio del Vaticano. Y ni áun esto fué considerado suficiente. El Papa, además, mandó dirigir una carta-circular á cierto número de obispos de los que en diferentes países se distinguían más por sus conocimientos especiales en teología y en derecho canónico, y por su experiencia particular del gobierno de la Iglesia. Pío IX llamó en su auxilio á los que el mismo Jesucristo instituyó como doctores encargados de formar la Iglesia de Dios. Todo obispo es, en virtud de su ministerio, un doctor de la fe. Poco importa la mayor ó menor extensión de su diócesis; poco importa que esta se halle situada donde exista la unidad católica ó *in partibus infidelium*, ni que tenga ó no un rebaño bajo su jurisdicción. El del más reducido territorio es igual al de la más vasta diócesis. Ha sido nombrado guardian de la fe por un mandato divino, y su misión no es más ni menos importante porque el pueblo que dirige sea más grande ó más pequeño.

San Jerónimo dice que en este punto todos los obispos son iguales, y que el obispado de Roma no es mayor que el de Eugubium. Ya veremos el valor y la aplicación de este principio.

La orden en cuestión fué dada en la audiencia concedida por Pío IX al secretario de la Congregación de dirección el 27 de Marzo de 1865. Las cartas fueron remitidas inmediatamente, con el carácter de reservadas, á los obispos que se había designado de los distintos puntos de Europa, encargándoles que dieran á conocer por escrito los asuntos que, en su opinión, deberían someterse á las deliberaciones del Concilio. El envío de esta circular,

dirigida á 36 obispos, tuvo lugar el 10 de Abril. En el mismo sentido se pasó otra comunicación á cierto número de obispos de las iglesias orientales. Las contestaciones se hallaron todas reunidas en Roma á mediados de Agosto.

Aunque la prescripción contenida en dicha circular no se refería más que á la indicación de las materias que se habían de tratar, los obispos, en sus contestaciones, no pudieron ocultar la alegría que les causaba el ver al Papa decidido á reunir un Concilio ecuménico. Estas contestaciones acreditan una admirable armonía de juicios. Difieren, sí, en cuanto al grado de concisión ó prolijidad con que en ellas se examinan las cuestiones; pero en las que se proponen para la deliberación todas convienen, ofrecen la unanimidad que se deriva de la unidad del episcopado católico. Los obispos hacen constar que en nuestra época no existe ninguna herejía, ningún error nuevo ni especial, en cuestión de fe, sino más bien una perversión y confusión de las verdades y de los principios primordiales que se oponen á los mismos fundamentos de la verdad y á los preámbulos de toda creencia. Esto quiere decir, que así como la duda ataca á la fe, el descreimiento venga á la fe destruyendo la duda. El hombre deja de dudar cuando se hace incrédulo y desecha todo escrúpulo. Se ha llegado á negar que la luz natural y el testimonio de la creación prueben la existencia de Dios. Se niega, pues, la existencia de Dios, la del alma, las prescripciones de la conciencia, las nociones del bien y del mal; en una palabra, la ley moral. Para los que niegan la existencia de Dios, no puede haber legislador, porque su moral es independiente de toda ley, existe en ella y por ella misma, ó más bien no tiene existencia sino subjetivamente en los individuos por consecuencia de una costumbre tradicional hija de los usos convencionales y de las prácticas mentales de la sociedad. Los obispos consideran muy generalizada ó extendida la negación de todo orden sobrenatural, y, por lo tanto, de la existencia de la fe; y desean que el Concilio declare que la existencia de Dios puede ser conocida con certeza por las luces naturales, y que defina la condición natural y sobrenatural del hombre, la redención, la gracia y la Iglesia. Quisieran especialmente que el Concilio tratase de la naturaleza y personalidad de Dios, de la Creación, de la Providencia, de la posibilidad y de la realidad de una revelación divina. Estos puntos parecerán tal

* Véanse los números 165 y 167, págs. 503 y 545.

vez extraños á muchos de nuestros lectores; pero los que conozcan los sistemas filosóficos de Alemania y Francia, comprenderán fácilmente la oportunidad de tales pretensiones. Despues indican más explícitamente como asuntos que deberían figurar en el programa: la elevacion del hombre por la gracia, despues de la creacion, á un órden natural superior, su caida, su restauracion en Jesucristo, la institucion divina de la Iglesia, la mision que le ha confiado su Divino Fundador, su organizacion, los privilegios y derechos de que se halla dotada, la primacia y la jurisdiccion del Pontífice de Roma, su independenciam del poder civil y sus relaciones con éste; su autoridad en la enseñanza, y la necesidad actual de un poder temporal para la Santa Sede. Citamos todos los puntos que se propusieron, para demostrar que el objeto con que se asegura que había de reunirse el Concilio, apénas se mencionó. De los treinta y tantos obispos, muy pocos fueron los que hicieron alguna indicacion respecto á la infalibilidad del Jefe de la Iglesia; si bien es cierto que no se podría deliberar sobre su primacia sin ocuparse de aquel asunto.

Muy pocos son, dice uno de los obispos, los que hoy combaten esta prerogativa del Pontífice de Roma; y obran así, no por razones teológicas, sino con el objeto de asegurar más la libertad de la ciencia. Con tal propósito, sin duda, se ha creado en Baviera, en Munich, una escuela de teólogos, que en sus escritos tienden principalmente á menospreciar, por medio disertaciones históricas, la autoridad de la Santa Sede Apostólica y su forma de gobierno, arrojando sobre ella el descrédito, y atacando sobre todo la infalibilidad de Pedro, enseñando *ex cathedra*.

Pero la mayoría de los obispos se ocuparon del panteísmo, del racionalismo, del naturalismo, del socialismo, del comunismo, de la indiferencia en materia de religion, del regalismo, de la libertad de la conciencia y de la prensa, del matrimonio civil, del espiritismo, del magnetismo, de las falsas teorías sobre la inspiracion, sobre la autoridad de la Escritura y sobre su interpretacion. Muchos citaban el *Syllabus* como el mejor programa que podía adoptarse, y manifestaban deseos de que los errores condenados por este documento fuesen objeto de una condenacion por parte del Concilio *non ut majori firmitate, sed ut majori solemnitate proscribantur*. Como es sabido, en el *Syllabus* no se trata la doctrina de la infalibilidad; sólo tiene por objeto la condenacion de ochenta errores, clasificados del siguiente modo: 1.º, de la existencia de Dios; 2.º, de la revelacion; 3.º, del indiferentismo; 4.º, del socialismo; 5.º, de la Iglesia y sus derechos; 6.º, de la política y del Estado; 7.º, de la moral natural y de la moral cristiana; 8.º, del matrimonio cristiano;

9.º, del poder temporal del Pontífice de Roma, y 10, del liberalismo moderno. Copiamos este resumen del *Syllabus*, porque abrigamos la creencia de que entre los miles de personas que lo combaten hay muy pocas que lo hayan leído. Si sus adversarios quisieran tomarse el trabajo de leerlo, no se sorprenderían poco en reconocer que, con ligeras excepciones, cuanto se condena en el *Syllabus* lo condenaría como erróneo todo cristiano sincero que crea en la revelacion cristiana.

«Las teorías del naturalismo, dice uno de los obispos, han introducido en la sociedad moderna costumbres sensuales y materiales, á la vez, muy contrarias á la vida cristiana.» Esperaba que el Concilio entraría en los detalles de práctica y que condenaría los excesos de la lujuria, los recreos inmorales, el afán de enriquecerse por medio de especulaciones de dudosa probidad, el abandono de la vida doméstica, la profanacion del matrimonio, la falta de observancia de los días consagrados al servicio de Dios, la negligencia en el culto divino y las prácticas de usura. Pedían tambien un *catechismus ad populum* por analogía con el *catechismus ad parrochos* decretado por el Concilio de Trento. Deseaban, además, un nuevo Código ó digesto del derecho canónico, en el que se excluyese todo lo que estuviera anticuado, y todo lo que por consecuencia de las trasformaciones de la sociedad moderna hubiese perdido su oportunidad ó la posibilidad de cumplimiento. Manifestaban al mismo tiempo el deseo de que las relaciones entre la Iglesia y el Estado, es decir, entre el poder espiritual y los poderes civiles, se definiesen claramente. Pedían la enunciacion de extensos é inteligibles principios, de los que no fuese posible separarse al juzgar estas cuestiones mixtas, así como la definicion por el Concilio de la conducta que deberían observar los obispos respecto á la libertad civil de la prensa y de los cultos, y á la proteccion concedida al error por los gobiernos. Proponían particularmente que el Concilio hiciera alguna declaracion relativa al peligro inminente de los gobiernos cristianos al caer en la tiranía de un cesarismo pagano que deifica al Estado, monopolizando, en la esfera de un arbitrario poder, cuanto es objeto de un culto. Esperaban, por último, que el Concilio de clararía que el poder temporal del Pontífice no ofrecía obstáculo alguno al progreso fundado en leyes del mundo cristiano; que el lamentable conflicto entre el poder civil y el poder espiritual, que la cristiandad deplora, no ha sido provocado por ninguna agresion de la Iglesia, sino que tiene por origen el abandono que hace la moderna civilizacion de la base cristiana de la sociedad. El último error condenado en el *Syllabus* está en la siguiente proposicion: «El Pontífice de Roma puede y debe reconciliarse con el progreso, el libe-

ralismo y la sociedad moderna.» La civilización cristiana, representada por el Pontífice, consiste en la unidad de la fe, la unidad del culto, la unidad del matrimonio y de la enseñanza cristiana. Ninguna persona sensata puede, por lo tanto, asombrarse de que Pío IX rehuse ponerse de acuerdo con el indiferentismo en materia de fe y de culto, con las tendencias de desunión y la secularización de las escuelas.

Resumamos ahora esta parte de nuestro tema, que se refiere al primer anuncio público de la intención de convocar el Concilio del Vaticano.

Hemos visto que la iniciativa se debió completamente á Pío IX. Él fué el primero en concebir esta idea y manifestarla á sus legítimos consejeros. Conocemos además las causas declaradas de tal pensamiento; no eran otras que las de hallar un remedio extraordinario á los extraordinarios males de la cristiandad. Hemos hecho constar también, que en las contestaciones de los cardenales y obispos domina esa misma aspiración. Los males de nuestra época, sus confusiones teológicas, filosóficas, religiosas, sociales, domésticas y morales, preocuparon tanto el ánimo del Pontífice y sus consejeros, que el punto que se pretende presentar al mundo como el motivo principal, ya que no el único, de la reunión del Concilio, apenas figuró para nada; y cuando á él se aludió fué en la enumeración de una serie de doctrinas, lógicamente relacionadas entre sí, ó por indicación de los cardenales que se declararon resueltamente contrarios á la reunión del Concilio.

El verdadero motivo del Concilio del Vaticano es trasparente para todo espíritu sereno y justo. Durante trescientos años no se había celebrado ningún Concilio; y en ese tiempo el mundo no había cesado de estar expuesto á los mayores cambios que ha sufrido desde su conversión al cristianismo. El primer período de la Iglesia realizó gradualmente la unión del poder espiritual y del poder civil. Los tres últimos siglos los han separado y opuesto. En el principio, la misión de los Apóstoles unía á los hombres de todas las naciones, y esto presagiaba la unión de todas las naciones en una sola sociedad espiritual. Los acontecimientos de estos últimos tiempos han arrancado á las naciones, como cuerpos políticos, de la unidad de la fe. En el segundo período, ó Edad Media del mundo cristiano, no obstante los frecuentes y profundos conflictos suscitados entre el poder espiritual y el poder civil, la vida pública, las leyes y la organización vital de la cristiandad, permanecieron cristianas. Príncipes, legislaciones y sociedades profesaban la fe católica y la sumisión espiritual al jefe de la Iglesia universal. La cristiandad era una en su fe, una en su culto, bajo un pastor supremo; y su ley sobre el matri-

monio, y su enseñanza eran igualmente cristianas.

Un escritor, que goza de grande autoridad en el mundo literario de Inglaterra, ha dicho que la primera revolución francesa fué el último acto de la reforma de Lutero. Tal vez quiso decir con esto que la individualidad del juicio privado en materia religiosa pasó en 1789 al dominio político, y que el espíritu de crítica que había disuelto la fe positiva, destruyó también la autoridad gubernamental. Autores políticos nos dicen que los gobiernos de la Europa occidental se han debilitado visiblemente, dándose el caso de parecer que han perdido la habilidad ó el poder necesario para gobernar, y que se han convertido, á lo sumo, en indicador de los cambios de la voluntad popular, que se mueve y gira en el ciclo entero de la brújula con la rapidez del viento. Otra interpretación evidente de aquella afirmación es que la primera destrucción nacional de la unidad de la cristiandad se efectuó por Lutero. Los conflictos entre las naciones durante lo que se llama el Gran cisma de Occidente, los antagonismos que por algún tiempo dividieron á los pueblos, se fundaban invariablemente en el principio de la unidad de la fe. Pero todos esos cismas fueron unidos por el Concilio de Constancia. Los del siglo XVI no fueron de la misma naturaleza que aquellos. Nacidos de la deserción formal de las naciones de la familia universal de la cristiandad, se basaban en este principio: la participación en la unidad de la Iglesia católica no es de necesidad; cada nación tiene en sí misma la fuente de fe y jurisdicción, es independiente de toda autoridad externa colocada fuera de su seno, y se basta por consiguiente á ella propia. De aquí resultaba lógicamente la tentación de transferir al poder civil ó á la Corona la jurisdicción del jefe espiritual de la Iglesia de Jesucristo. Se ha dicho con mucha verdad que la supremacía real es núcleo de negación. Niega la acción ejercida sobre el mundo entero por la Iglesia católica, y la excluye de todas las naciones á cuya cabeza se halla un soberano, que es juez supremo en lo espiritual y en lo temporal. En Alemania, Suecia, Dinamarca é Inglaterra se ha establecido completamente la supremacía luterana de la Corona; el estado actual de sus dominios revela cuáles han sido los resultados de esta reforma. Pero no fué en estos países donde Pío IX fijó desde luego y principalmente sus ojos. Su mayor solicitud se encaminaba á los reinos católicos de Europa, que nunca han adoptado la reforma de Lutero. No obstante, el regalismo, que es la supremacía real llevada á los últimos límites del cisma, ha prevalecido generalmente en esos reinos. En Francia, desde Luis XIV hasta una fecha reciente, en Austria desde José II, en Toscana desde Leopoldo I, en España desde Carlos III, en Nápoles desde el principio de la *monarquía sicilia-*

na, el poder real ha oprimido y reducido á esclavitud la Iglesia católica en medio de una proteccion llamada paternal. Constantino se contentaba con llamarse *ἐπίσκοπος τῶν ἔξω*. Los soberanos católicos de los tres últimos siglos, por el contrario, se han mezclado en todo, desde el nombramiento de los obispos hasta el número de velas que es permitido encender en el altar. Federico de Prusia tenía costumbre de llamar á José de Austria «mi hermano el sacristan.» Las consecuencias de este desastroso patronato fueron muchas y se dejaron sentir en toda la organizacion de la Iglesia. Basta citar tres: primero, el abatimiento y la secularizacion del episcopado y del clero por el contacto con la corte y sus ambiciones; en segundo lugar, la suspension de la libertad espiritual de la Iglesia en su disciplina, sus sínodos, sus tribunales; y, por último, la proteccion concedida por los reyes á doctrinas heterodoxas, tales como las de Van Espen y Hontheim sobre el derecho canónico y sobre la teología, y las de los autores de los cuatro artículos patrocinados por Luis XIV. En este sentido no se puede ménos de decir que el movimiento luterano no ha dejado de penetrar en las regiones católicas. La exageracion del regalismo ha producido, sin embargo, una reaccion inevitable, y las revoluciones de este siglo han neutralizado la supremacía real, estableciendo la doctrina de que el Estado, como tal, no tiene religion.

Puede considerarse, por consecuencia, cerrado el segundo período de la cristiandad. De treinta y seis soberanos, diez son todavía católicos, dos pertenecen al cisma griego, y veinticuatro se llaman protestantes. Los pueblos de muchos y poderosos países han permanecido siendo fieles y fervientes hijos de la Iglesia católica; pero la revolucion, ya ostensiblemente, ya en secreto, material ó moralmente existe detrás del trono en todos los gobiernos de la cristiandad. El derecho público de las naciones cuyos individuos aún son católicos, ha dejado de ser católico. La unidad de los pueblos en la fe y el culto, tal como los apóstoles la fundaron, parece estar hoy destruida. La unidad de la Iglesia es más compacta y más sólida que nunca, pero el cristianismo de los reinos cristianos no existe ya. Hemos entrado en un tercer período. La iglesia no ha empezado con los reyes, sino con los pueblos, y á esos pueblos, probablemente, va á volver. Los príncipes y los gobiernos de este mundo fueron contrarios á ella en un principio, y lo mismo sucede hoy. Con la diferencia de que la hostilidad del siglo XIX es más ardiente y más encarnizada que la del primer siglo. Entónces el mundo no había creído jamás en el cristianismo, y ahora reniega de él. Pero la Iglesia no ha cambiado y no puede renovar sus relaciones, cualquiera que sea la forma que al

mundo le parezca oportuno adoptar para la vida civil. Si, como la prevision política lo ha anunciado, todas las naciones siguen el camino de la democracia, la Iglesia sabrá cómo conducirse ante el nuevo y extraño aspecto que ofrezca el mundo. La política de alta prudencia, con cuyo auxilio sostuvieron los Pontífices la union de las dinastías de la Edad Media, sabrá sostener igualmente la de los pueblos que han permanecido fieles á la fe. Tal era el mundo que se representaba Pio IX cuando concibió la idea de un Concilio ecuménico. Vió al mundo que un dia fué católico, todo él, agitado y fatigado por la rebelion de su inteligencia contra la revelacion de Dios y de su voluntad contra la ley santa del Señor; por la sublevacion de la sociedad civil contra la soberanía de Dios, y por el espíritu anti-cristiano que arrastra á los príncipes y á los gobiernos hácia las revoluciones anti-cristianas. Aquel á quien, segun las palabras de San Juan Crisóstomo, ha sido confiado el mundo, vió en el Concilio del Vaticano el único remedio adecuado á los males universales del siglo XIX. Hagamos observar que los Consultores, al emitir su opinion favorable á la reunion del Concilio, no hicieron ninguna indicacion respecto á la fecha en que podía ser convocado sin peligro. El aspecto amenazador de la época era á propósito para hacerles dudar.

El 17 de Noviembre de 1865 se dirigieron cartas á los Nuncios apostólicos de Paris, Viena, Madrid, Munich y Bruselas, anunciándoles la intencion de Pio IX de reunir un Concilio ecuménico, y preguntándoles si juzgaban, dadas las circunstancias, que era prudente su convocacion. Se les invitó además á que designasen dos teólogos ó canonistas de los que gozaran mayor reputacion en sus respectivos países. Las contestaciones se recibieron á fines del año 1865.

La Comision de Direccion celebró su tercera sesion el 24 de Mayo de 1866; pero desde esta fecha no volvió á reunirse hasta la mitad del año 1867. La suspension de sus preparativos reconocía por causa sucesos que conviene recordar ligeramente. La Europa entera esperaba con ansiedad el conflicto entre Prusia y Austria, que no tardó en ocurrir, y que pronto terminó en el campo de batalla de Sadowa. El 17 de Junio de 1866 el rey de Prusia declaró la guerra al emperador, y tres dias despues, el baron Ricasoli anunció á la Cámara y al Senado que el rey Víctor Manuel, por su parte, también había declarado la guerra al Austria. La Lombardia y Venecia fueron cedidas á Italia, y el 4 de Noviembre dijo Víctor Manuel en Turin «que la Italia estaba formada, pero no completa.» El 15 de Setiembre de 1864 habían hecho un tratado el Emperador de los franceses y el rey de Italia, por el cual se comprometía esta nacion á no atacar á los Esta-

dos Pontificios, sino, por el contrario, á defenderlos por la fuerza de toda agresion, y Francia se obligaba, en cambio, á retirar gradualmente, en el término de dos años, sus tropas de Roma y de los Estados de la Iglesia. El 11 de Diciembre de 1866 desapareció la bandera francesa del fuerte del Santo Angel. Tres dias antes el general en jefe del ejército frances de ocupacion había sido recibido en audiencia por Pio IX. Al contestar el Papa á sus frases de despedida, le dijo: «No nos hagamos ilusiones; la revolucion llegará hasta aquí. Ha proclamado en voz alta su intencion, y vos la habeis oido.» En Noél, el mismo año, dijo tambien Pio IX, despues de recibir las felicitaciones del Sagrado Colegio: «Dificiles y llenos de afliccion son los dias en que vivimos; pero por esto mismo debemos fortificarnos con la esperanza de un gran auxilio del Todopoderoso, y cuando llegue no debemos asombrarnos.» Hé aquí cómo se describía, por pluma inglesa, el estado de Europa en 12 de Noviembre de 1866:

«La consecuencia inmediata de la última guerra (austriaco-prusiana) y de la paz que le ha sucedido, ha sido romper la antigua alianza y perturbar los Estados europeos. La invasion de Dinamarca había constituido el primer ataque á la moralidad pública, y la querrela entre Prusia y Austria ha echado por tierra la barrera del derecho internacional. Desde entónces ya no existe ningun principio de política general en Europa, y la ambicion no reconoce límite alguno á la extension de su propio poder. Cada hombre tiene la mano levantada contra su hermano, y sólo se necesita la defensa que pone freno al deseo del ataque. Todas las naciones están en guardia; el orden no se conserva mas que porque cada uno desconfía de su vecino. La prensa continental nos muestra á media Europa en armas contra la otra mitad... La Europa entera se apresta... Francia aumenta sus ejércitos. Rusia hace una recluta de trescientos mil hombres. Prusia organiza cuatro nuevos cuerpos de ejército. Austria reforma los suyos. Por todas partes se hacen armamentos; y en todas partes se proyectan nuevos sistemas militares. El arte de matar amenaza llegar á ser la única industria en Europa.» (1).

Nada, pues, tiene de extraño que Pio IX y sus consejeros dudasen en fijar dia para la apertura del Concilio. El Papa, en ciertos momentos, pensó designar el 29 de Junio de 1867, por coincidir con el décimo octavo centenario del martirio de San Pedro; pero la situacion de Europa y las nubes que visiblemente se amontonaban sobre los muros de la ciudad eterna, le decidieron á esperar algun tiempo todavía.

El 8 de Diciembre de 1866 se dirigió una circular

á todos los obispos católicos, invitándoles únicamente á que fuesen á Roma al año siguiente, para asistir á las solemnidades del centenario, cuya importancia nadie podía prever en aquella época. Pero de esto nos ocuparemos en otra ocasion.

HENRY EDWARD.

Cardenal-arzobispo de Westminster.

(The Nineteenth Century.)

TRADUCTORES CASTELLANOS DE HORACIO.

MONOGRAFÍA BIBLIOGRÁFICA CON NOTICIAS É INDICACIONES
ACERCA DE LOS PRINCIPALES COMENTADORES ESPAÑOLES
DE ESTE LÍRICO LATINO.

III. *

Si grande fué el culto que á Horacio tributó la escuela salmantina, no fué menor el que le consagró la sevillana, con ser no tan amante de la pureza clásica y más inclinada á la pompa de diction; y si aprecio y estima merecen los trabajos de Fray Luis de Leon, de Francisco Sanchez, de D. Juan de Almeida y de D. Alonso de Espinosa, á igual distincion son acreedores los de Francisco de Medina, Diego Giron, Hernando de Herrera, Francisco de Medrano y algun otro, que tambien dedicaron sus tareas á la interpretacion del poeta de Venusa. El divino Herrera, que como humanista no era inferior al Brocense, y como poeta sólo cedía á Fray Luis de Leon, publicó en 1580 sus *Anotaciones á las obras de Garcilaso*, libro un tanto farragoso, pero de singular estudio, notable critica y mucha doctrina, que fué, digámoslo así, el código de la escuela sevillana, en su segunda época de madurez y completo desarrollo. Apareció esta obra pocos años despues de haber dado á la estampa el Brocense sus breves notas á Garcilaso, y, como era de recelar, encendióse la lucha entre hispalenses y salmantinos. Cual testimonio de ella han quedado las *Observaciones del Prete Jacopin, vecino de Búrgos, en defensa del príncipe de los poetas castellanos Garcilaso de la Vega contra las anotaciones que hizo á sus obras Hernando de Herrera, poeta sevillano*, opúsculo donoso y erudito de D. Juan Fernandez de Velasco, hijo del condestable D. Iñigo, y la réplica de Herrera enderezada *al Prete Jacopin, secretario de las Musas* (1).

En el libro, pues, de las *Anotaciones á Garcilaso* insertó Herrera (á ejemplo del Brocense, que cita varias veces á Fr. Luis de Leon como divino) poe-

* Véase el número anterior, pág. 577.

(1) Ambos escritos, hasta entónces inéditos, aunque muy conocidos en copias manuscritas, fueron impresos en 1867 por la *Sociedad de Bibliófilos andaluces*.

(1) *Times*, 12 Noviembre 1866.

sias originales y traducciones é imitaciones de clásicos, propias unas y trabajadas otras por Diego Giron, Francisco de Medina, Fernando de Cangas, Juan Saez de Zurueta, Cristóbal Mosquera de Figueroa, Gutierre de Cetina y otros ingenios sevillanos.

De Diego Giron es la siguiente traduccion del *Beatus ille* que compite, quizá ventajosamente, con la de Fr. Luis de Leon:

Dichoso el que alejado de negocios
 Cual los del tiempo antiguo,
 Labra sus campos con los bueyes propios,
 Libre del logro ilícito.
 Ni rompe el sueño á la arma en la milicia,
 Ni tiembla del mar tímido,
 Huye la llena plaza y las soberbias
 Puertas de grandes príncipes.
 Ya con la vid crecida contentísimo
 Casa los altos álamos,
 Y los ramos podando más estériles
 Sugiere otros más fértiles,
 Y en el bosque abrigado ve en gran número
 Sus vacas repastándose.
 Coge al tiempo la miel en nuevos cántaros,
 Tresquila su grey lánguida.
 Pues si su frente muestra hermosísima
 El otoño fructífero,
 ¡Cuán gozoso las peras coge en viéndolas
 Y las uvas purpúreas,
 Con que paga á Priapo sus primicias
 Y á tí, tutor del término!
 Ya debajo la encina antigua extiéndose,
 Ya en el prado florido,
 En tanto el agua corre en las acequias,
 Queréllanse los pájaros,
 Las fuentes con sus linfas y murmurios
 Mueven un sueño plácido, etc. (1).

Del maestro Francisco de Medina cita Herrera una feliz imitacion del *Carpe diem, quam minime credula posteri*, que comienza:

Mientras oro, grana y nieve
 Ornen vuestro cuerpo tierno...

Sobre el mismo pensamiento había escrito Fray Luis de Leon la gallarda y lozanísima oda que con el título de *Imitacion de diversos* aparece en todas las ediciones:

(1) Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera. Al ilustrísimo y excelentísimo Sr. D. Antonio de Guzman, marqués de Ayamonte... Con licencia de los SS. del Consejo Real. En Sevilla, por Alonso de la Barrera. Año de 1580. 51 pp. de prls., 691 de texto y 5 de Tabla. Cita y transcribe tambien la indicada traduccion del *Beatus ille* el Sr. D. Angel Lasso de la Vega y Argüelles en su *Historia y juicio crítico* (sic) de la antigua escuela sevillana.

Vuestra tirana exencion
 Y ese vuestro cuello erguido
 Estad cierta que Cupido
 Pondrá en dura sujecion, etc.

Es tambien el pensamiento de Ausonio en el último dístico del *Idilio, á las flores*:

Collige, virgo, rosas, dum flos novus et nova pubes
 Et memor esto ævum sic properare tuum.

Y no muy desemejante es el que desarrolló el mismo Horacio en la oda *Oh crudelis nimium et Veneris numeribus potens* (10.^a del libro IV), traducida por Herrera en el siguiente lindísimo soneto, escrito en competencia á otras tres imitaciones toscanas, de Pedro Bembo, Dominico Veniero y Tomás Mocénigo. Dice así:

¡Oh soberbia y cruel en tu belleza!
 Cuando la no esperada edad forzosa
 Del oro que aura mueve deleitosa
 Trueque en la blanca plata la fineza,
 Y tiña al rojo lustre con flaqueza
 En la amarilla viola la rosa,
 Y el dulce resplandor de luz hermosa
 Pierda la viva llama y su pureza,
 Dirás, mirando en el cristal luciente
 Otra la imágen tuya: «Este deseo,
 ¿Por qué no fué en la flor primera mia?
 ¿Por qué, ya que conozco el mal presente,
 Con esta voluntad en que me veo
 No torna la belleza que solía?»

El mismo Herrera tradujo con brillantez y animacion la oda 8.^a del libro I: *Lydia, dic per omnes*, y la cita en sus anotaciones á la *Flor* de Guido:

Díme, te ruego, Lidia,
 Dí por todos los Dios, por qué á Síbaris
 Quieres perder amándole... (1)

En 1619 vió la pública luz en Palermo un poemita intitulado *Remedios del amor*, imitacion de Ovidio, hecha en armoniosas y fáciles sextinas por el sevillano Pedro Venegas de Saavedra. Al fin se encuentran las obras de Francisco de Medrano, *eximio poeta*, como justamente le califica Nicolás Antonio, á pesar de lo cual y de los elogios de Velazquez y Ticknor, permaneció casi olvidado hasta 1854, en que D. Adolfo de Castro reimprimió por vez primera sus poesías.

Aunque nacido en Sevilla Medrano, y contado entre los ingenios de la escuela hispalense por los

(1) Estas y otras poesías de Herrera insertas en las *Anotaciones á Garcilaso*, no se hallan en las ediciones de sus versos hechas en 1582 y 1619; pero sí en las dos de Estala (D. Ramon Fernandez), 1786, y D. Adolfo de Castro (tomo XXXII de *Autores Españoles* de Rivadeneyra, 1854).

que de ella han escrito, sepárase casi del todo de las formas y estilo del mencionado grupo poético, acercándose á los de la escuela de Salamanca, en cuyas aulas cursó y de cuyas tradiciones es continuador fidelísimo, pudiendo figurar dignamente al lado de Garcilaso, Fr. Luis de Leon y Francisco de la Torre entre los imitadores de la lírica horaciana. Las obras de este poeta, de originalidad escasa, pero de acrisolado gusto, redúcense en su mayor número á traducciones ó paráfrasis de los cantos del favorito de Mecenas, alterados los nombres romanos que en ellos suenan y sustituidos con los de amigos y familiares del autor. A este género de traducciones libres ó imitaciones ajustadas pertenecen las odas que á continuación registramos, indicando cuidadosamente sus correspondencias con las de Horacio:

HORACIO.

Libro I.

Oda 3.^a *Sic te Diva potens.*

5.^a *Quis multa gracilis.*

6.^a *Scriberis vario fortis.*

9.^a *Vides ut alta stet nive.*

13.^a *Cum tu Lydia, Telephei.*

15.^a *Pastor cum traheret.*

22.^a *Integer vitæ.*

MEDRANO.

10.^a *Voto por el viaje de Don Alonso Santillán.*

Añade Medrano en esta poesía alusiones á América, diestramente intercaladas, y sustituye á Hércules con Adán y á Prometeo con Nembrot.

15.^a Es traducción exacta.

8.^a A D. Juan de Urquijo.

5.^a A Luis Ferri, entrando el invierno.

17.^a A Amarilis (no hay más alteración que el nombre de la dama, y de Julio sustituido al de Telefo).

32.^a *Profecía del Tajo en la pérdida de España.* Tiene escasa relación con la oda de fray Luis que lleva el mismo título. La de Medrano es casi una paráfrasis del *Vaticinio de Nereo*, sustituyendo los nombres de Muza, Tarif, D. Julian, Almanzor, etc., á los de Ajax, Ulises, Néstor, Merion, Teucro y otros.

11.^a (Sustitúyese el nombre de Sabino al de Fusco, el de Flora al de Lá-

24.^a *Quis desiderio.*

25.^a *Parcius junctas.*

29.^a *Icci, beatiss nunc.*

31.^a *Quid dedicatum.*

Libro II.

Oda 2.^a *Nullus argento.*

3.^a *Æquam memento.*

4.^a *Ne sit ancillæ tibi amor.*

5.^a *Nondum subacta.*

7.^a *Oh sæpe meum tempus.*

8.^a *Ulla si juris tibi.*

10.^a *Rectius vives, Licini.*

11.^a *Quid bellicosus cantaber.*

14.^a *Eheu fugaces, Posthume.*

15.^a *Jam pauca aratro.*

16.^a *Otium Divos rogat.*

Oda 10.^a *Extremum Tanaim.*

lage, y supone Medrano que la aventura cantada por Horacio le sucedió á él en su viaje á Roma.)

19.^a A Francisco de Acosta en la muerte del padre José de Acosta, su hermano.

22.^a (*Licisca* sustituye á *Lidia*.)

1.^a A D. Alonso Santillán, alférez real de los galeones (las riquezas de Arabia se convierten en las de los Incas, los reyes de Sabá y los Partos pasan á ser ingleses y flamencos, y á la filosofía de Sócrates y Panecio sustituye la de Aristóteles).

8.^a (Es traducción libre.)

13.^a A D. Francisco Hóres, capellan de los Reyes Nuevos de Toledo.

2.^a A Fr. Pedro Maldonado, por la constancia (es más breve que la oda original).

20.^a

27.^a

31.^a A D. Alonso Santillán, que venía de Indias.

3.^a A Lamia.

6.^a Al licenciado Antonio Rosel.

33.^a A Juan Antonio del Alcázar, que le convidaba á una casa de recreación sobre el río.

34.^a A Fernando de Soria Galvarro.

23.^a A D. Juan de la Sal, obispo de Bona (alteráranse los nombres: Rómulo y Catón truécanse en Wamba y el Cid.)

24.^a A D. Fernando Niño de Guevara, arzobispo de Sevilla.

9.^a A Amaranta.

Libro III.

Oda 10.^a *Extremum Tanaim.*

9.^a A Amaranta.

- 16.^a *Inclusam Daneam.* 21.^a *A Juan Antonio del Alcázar, por la templanza.*
 23.^a *Cælo supinas.* 26.^a *A D. Alonso de Medrano, hermano del autor.*
 24.^a *Intactis opulentior.* 18.^a
 Libro IV.
 Oda 7.^a *Diffugere nives.* 14.^a
 13.^a *Audivere Di mea vota.* 29.^a

La oda 12.^a de Medrano es imitación, en parte, de la 1.^a del libro IV, de la 19.^a del I y de la 12.^a del II. En sus demás poesías se encuentran asimismo muchas reminiscencias de Horacio y otros poetas latinos. Tal acontece en el soneto 4.^o, *compuesto en la playa de Barcelona, volviendo de Roma*, que es una paráfrasis de los primeros versos del libro II de Lucrecio:

*Suave mari magno turbantibus æquora ventis
 E terra magnum alterius pectore laborem...*

Sirva de ejemplo de las versiones de Medrano una de las más felices del *Ulla si juris*, hecha en el ritmo que pudiéramos llamar *de Francisco de la Torre*, apenas usado sino por él y por Medrano en el siglo de oro de nuestras letras, y renovado en los comienzos del presente por Moratin el hijo y por Cabanyes:

Si pena alguna, Lámia, te alcanzara
 Por cada voto que perjura quiebras,
 Si al ménos una de tus rubias hebras
 En cana se trocara,
 Creyérate; mas luégo que engañosa
 La fe rompes debida al juramento,
 Tú de la juventud comun tormento
 Despiertas más hermosa.
 Falta, pues, Lámia bella, al siglo honrado
 De tu difunta madre sin recelo,
 Falta á tu vida misma, falta al cielo
 La fe que les has dado.
 Pues de ver cuánto número confía
 De mozos en tus juras, y que artera
 Burlas al más atento que te espera,
 Todo el cielo se rie.
 Mas ¿qué? la juventud para tí crece
 Toda, crecente nuevos servidores,
 Y de los que hoy desprecias amadores
 Ninguno te aborrece.
 De tí la madre teme á su querido
 Hijo, teme de tí el viejo avariento,
 Teme la esposa que tu dulce aliento
 Detenga á su marido. (1)

(1) Véanse las poesías de Medrano en el tomo I de *Líricos de los siglos XVI y XVII*, coleccionadas por D. Adolfo de Castro para la *Biblioteca de Autores Españoles*.

Sevillano, como los anteriores, fué Mateo Aleman, ingenioso y discreto novelista, autor de la *Atalaya de la vida* que los impresores apellidaron *Vida del pícaro Guzman de Alfarache*. Tradujo Mateo Aleman dos odas de Horacio y las dedicó á don Diego Fernandez de Córdoba, duque de Cardona y de Segorbe. Estas odas son la 10.^a y la 14.^a del libro II. La primera (*Rectius vives*) comienza así:

Muy más seguramente
 Podrás vivir, Licino,
 Cuando en el mundo ménos te engolfares,
 Y al hilo de la gente
 Pasares tu camino,
 Huyendo los peligros de altos mares,
 Donde áun la nave fuerte
 Va temerosa de contraria suerte...

Y la segunda (*Eheu fugaces*):

¡Ay Póstumo, los años van huyendo,
 Viénese la vejez, y su dolencia
 Poco á poco nos lleva consumiendo!
 Tu piedad no podrá hacer resistencia
 Al brazo duro y fuerte
 De la enemiga inevitable muerte.

Es muy rara la edicion que de estas odas se hizo en un pliego suelto, en cuarto, y no sé que ningun bibliógrafo, fuera de los adicionadores de Gallardo, la mencione.

Del festivo Baltasar de Alcázar es una traducción incompleta y no muy feliz del bellissimo diálogo de *la reconciliacion*, oda 9.^a del libro III de Horacio *Donec gratus eram tibi*. Está en redondillas, y por primera vez fué impresa en el tomo II de *Líricos de los siglos XVI y XVII* (XLII de la *Biblioteca de Autores Españoles*).

A nombre de D. Juan de Arguijo apareció, años atrás, en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* de Sevilla una traducción del *Sic te Diva potens Cypri* (oda 3.^a del libro I de Horacio), tomada en concepto de *inédita* de un manuscrito de la Biblioteca colombina. Pero ni era *inédita* ni de Arguijo, puesto que desde 1618 andaba impresa en las *rimas* de su verdadero autor, D. Juan de Jáuregui. Dice así la citada version, sobrado parafrástica y desleída, pero no indigna en partes del incomparable traductor del salmo *Super flumina* y del *Aminta*:

Nave, que por entrega
 Al gran Virgilio debes
 Fiado ya en tus gúmenas y antenas,
 Yo te amonesto y ruego
 Que en salvo me le lleves
 Y restituyas al confin de Atenas
 Con sosegada calma,
 Y me conserves la mitad del alma.

Así la blanca mano
De la espumosa hija
Del mar, y las estrellas radiantes
De Cástor y su hermano
Te amparen, y te rija
El padre de los vientos resonantes,
De cuyo reino helado
Sólo respire el céfiro templado.

De roble endurecido
Y de redoble acero
Tuvo ceñido en torno el pecho fiero,
Quien al embravecido
Mar entregó primero
De frágil leño el cóncavo navío,
Sin miedo al Austro acuoso
Que pugna en contra al Aquilon rabioso.

Y de temor exento
Vió la Pléyade triste
Y el Noto, que del Adria en la marina
Sólo este fiero viento
Predominando asiste,
Ora con su borrasca repentina
Batir el golfo quiera,
Ora tener en calma su ribera.

¿Cuál género de muerte
Temió la frente osada,
Que con enjutos ojos vió nadando
Tanto linaje y suerte
De mónstruos, y la airada
Furia del mar hinchado resonando,
Y de Ceráunia horrible
El peligroso monte inaccesible?

En vano el providente
Jove distintas puso
Las tierras, interpuesto el Oceano,
Si el hombre inobediente
Al navegar dispuso
De leves troncos su bajel liviano,
Y ya del extendido
Golfo atraviesa el reino prohibido.

Arrójase, en efecto,
A todo atrevimiento
Nuestro linaje resolutivo y ciego:
Ya el hijo de Japeto,
Con temerario intento
Robó al Tonante por engaño el fuego,
Y eternizó su nombre
De etéreas llamas animando al hombre.

Mas luégo á los mortales
Por el hurto alevoso

Cargó un enfermo estrago lastimoso
De pestilentes males,
Y el término forzoso
De la lejana muerte que primero
Llegaba á paso lento,
Voló despues con raudo movimiento.

Ya Dédalo, atrevido,
Con temerarias plumas
Surcó del aire el término vacío,
En alas sostenido
Nunca del hombre usadas,
Y Alcides, lleno de arrogante brío,
Partió del emisfero
Nuestro á robar el infero Cerbero.

En fin, al hombre vano
No hay difícil empresa,
Que contra el cielo mismo acometemos:
Ciego furor insano
Que como nunca cesa
Por su malicia indómita, no vemos
Que Júpiter, altivo,
Deponga un punto el rayo vengativo.

Tambien debemos á Jáuregui una imitacion de la oda 1.ª del mismo libro (1).

Muy bella es la que del *Otium Divos* ofrece Rioja en la silva á la tranquilidad:

Ócio á los Dioses pide
Pálido con helada voz é incierta...

donde hay pensamientos tan gallardamente vertidos como este:

¿Sabes que los cuidados voladores
Suben ligeros más que airado viento
A las naves mayores?...

Y no va en zaga á esta imitacion la que del *Extremum Tonaim si biberes* hizo el mismo lirico sevillano en el soneto:

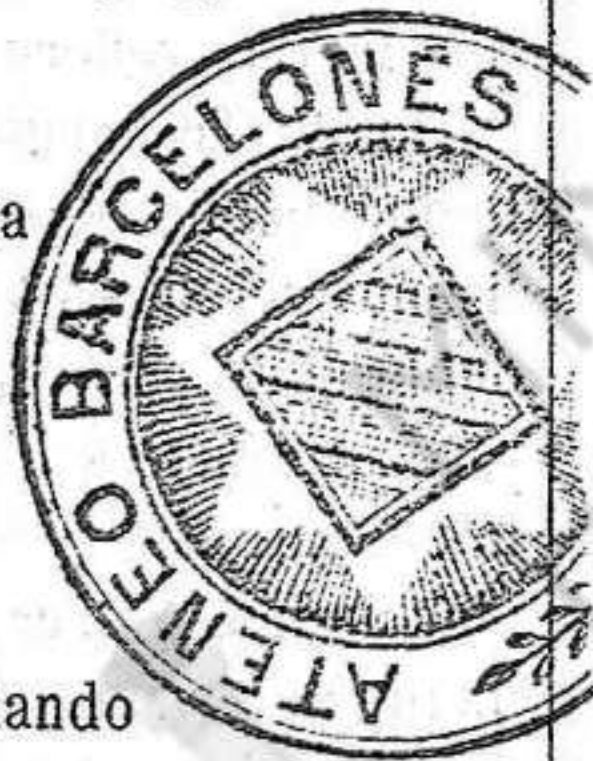
Aunque pisaras, Laida, la sedienta...

sin duda uno de los más hermosos que se han escrito en lengua castellana (2).

Francisco Pacheco (el sobrino) cita en su *Arte de la pintura* estos versos, traducidos por él de la *Epistola de Horacio á los Pisones*, vulgarmente llamada *Arte poética*:

(1) Rimas de D. Juan de Jáuregui, y traduccion del *Aminta* del Tasso. Sevilla, 1618.—Madrid, 1786, en el tomo VI de la coleccion de D. Ramon Fernandez (Estala), págs. 36, 37 y 38, 44, 45 y 46.

(2) *Poesías de Rioja* (Madrid, 1797), y mejor en la edicion publicada por los Bibliófilos Españoles en 1867.



Las cosas percebidas
 Por los oídos, mueven lentamente:
 Pero siendo ofrecidas
 A los fieles ojos, luego siente
 Más poderoso efecto
 Para moverse, el ánimo quieto (1).

De Antonio Ortiz Melgarejo, poéticamente llamado Fidelio, es este fragmento de traducción de la misma epístola, inserto por Sedano en el tomo VIII del *Parnaso Español*:

Si al cuello de un caballo unir quisiere
 Algun pintor una cabeza humana,
 Y de diversas plumas la cubriera
 Haciendo el cuerpo en forma tan extraña
 Que entre otros varios miembros rematase
 En una cola de disforme pece,
 La faz acompañando de un semblante
 De dulce y hermosísima doncella,
 ¿Podríades llamados á ver esto,
 Caros amigos, contener la risa...

Con el nombre bien impropio de *madrigalete*, publicó el mismo Sedano otra versión antigua de los primeros versos de la *Epístola ad Pisones*. Es de autor incierto, y se lee en el tomo IX del *Parnaso*:

Si á la cabeza de una hermosa dama
 Le aplicase un pintor cuello de yegua,
 Y los miembros de varios animales,
 Aves y fieras, rematando todo
 En pece horrible; al ver tal monstruo, amigos,
 Contuviérais la risa? Pues, Pisones,
 Creed que esta pintura es todo libro
 En que, cual sueño de hombre delirante,
 Se fingen monstruos de conceptos vanos
 Sin tener proporción, piés ni cabeza...

Ambos retazos merecieron, á pesar de su significación, la severa crítica de Iriarte en el diálogo *Donde las dan las toman*. Es creíble que formasen parte de traducciones completas de la *Poética* horaciana, hoy perdidas.

La epístola XIV de Juan de la Cueva á D. Diego de Guevara, veinticuatro de Sevilla, por vez primera impresa en el tomo II del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, es una discreta imitación del *Ibam fortè via sacra* (sátira IX del libro I de Horacio). El mismo Cueva dice, por boca del poeta Samnio en el *Viaje* que lleva su nombre, que *volvió en lengua vulgar*

Todas las obras del divino Horacio,

No hay otra noticia de semejante trabajo.

(1) *Poesías de Pacheco* insertas al fin de su biografía publicada en Sevilla, 1876, por D. José María Asensio de Toledo.

En el código M. 82 de la Biblioteca Nacional, folio 252 vuelto, se lee una anónima imitación del *Eheu fugaces*, así encabezada:

A la brevedad de la vida.

El tiempo pasa, y corre tan ligera
 La vida que vivimos,
 Que aún casi no salimos
 Al mundo, y ya la muerte se ha llegado,
 La noche vuela, el día no sentimos...

Y esto es cuanto conozco de trabajos poéticos sobre Horacio debidos á la escuela sevillana.

IV.

Casi simultáneamente aparecieron en los últimos años del siglo XVI dos traducciones en verso de la *Epístola de Horacio á los Pisones*. Imprimióse la una en Lisboa, 1592, obtuvo escaso éxito y ha llegado á hacerse rarísima. Fué obra de D. Luis Zapata, autor de un perverso poema *Cárlo Famoso*, que en las octavas más desaliñadas y prosáicas que pueden leerse, refiere punto por punto las hazañas de Carlos V. Trabajada asimismo invitó *Minerva*, por lo que de ella recordamos, en estilo pedestre y malísimos versos está su versión horaciana, recomendable sólo para el bibliófilo por su antigüedad y rareza. Iriarte no logró verla; Martínez de la Rosa la encontró en la Imperial de París unida á un ejemplar de las *Flores*, de Espinosa; D. Juan Tineo la incluyó en su manuscrito: Colección de traductores del venusino, y otros bibliófilos nuestros asimismo la mencionan. Existe un ejemplar entre los libros de La Romana, hoy agregados á la Biblioteca Nacional.

Mucho más conocida y apreciada es la traducción que de la misma epístola hizo Vicente Espinel, beneficiado de la iglesia de Ronda, autor de *El Escudero Márkos de Obregon*, y de algunas poesías líricas, que reunidas en un tomo, se dieron á la estampa en Madrid el año 1591, con aprobación de D. Alonso de Ercilla (1). En este volumen se halla la traducción del *Arte Poética*, que fué reimpresa por Sedano en el tomo I de su *Parnaso Español* (1768). Colmóla su segundo editor de elogios, llamándola *excelente, perfecta y felizmente ajustada á su original*, añadiendo que *nada hay en ella superfluo ni voluntariamente ingerido, que en el verso suelto se conserva el vigor y nativa gracia del original, que adquiere nueva fuerza y brío con la frase castella-*

(1) *Diversas rimas de Vicente Espinel, beneficiado de las iglesias de Ronda, con el Arte Poética y algunas odas de Horacio, traducidas en verso castellano. Dirigidas á D. Antonio Alvarez de Vahamonde y Toledo, duque de Alba.* Con privilegio. En Madrid, por Luis Sanchez, año 1591, 8.º, 166 folios y 16 de principios. Prepara una extensa biografía de Espinel el Sr. D. Juan de Guzman.

na, y finalmente, que la versificación es llena, flúida y sonora. Por el contrario, D. Tomás de Iriarte censuró acerbamente el trabajo de Espinel en el prólogo de su versión impresa en 1777, y por más que su crítica parece de excesivamente severa y aún de apasionada, no puede negársele la razón en la mayor parte de los defectos que señala. Otros son muy discutibles, como iremos viendo.

«La traducción de Vicente Espinel (escribe el fabulista canario) está hecha en verso suelto sin consonante ni asonante, y por consiguiente sin aquella armonía que, deleitando el oído, da á los preceptos una agradable cadencia que los encomienda á la memoria, y sin disculpa que pueda indultar al autor, de cualquiera expresión violenta que haya usado, pues quitada la dificultad del consonante, ¿qué excusa puede quedar al verso arrastrado, al duro, al flojo, al redundante, al diminuto ó al oscuro?»

Advertiré, antes de pasar adelante, que en este reparo no tiene razón el crítico. El verso suelto es el más clásico, generoso y adecuado para la interpretación de los autores de la antigüedad, y acertó Espinel en preferirle, así como erró Iriarte en adoptar la silva, según más tarde notaremos. Por esta parte no se puede hacer cargo alguno al antiguo traductor, y antes es digno de alabanza. En lo que sí tiene razón Iriarte es en ponderar el esmero con que debe trabajarse el verso suelto. Espinel no le manejó como debiera, y en esto merece censura.

«Los defectos capitales de Espinel (continúa Iriarte) se reducen á dos clases: unos nacen de mala inteligencia del texto latino, otros de poco acierto en el uso de la versificación castellana. Y comenzando por los primeros, apenas se reconozca lo que él tradujo y se coteje con el original, resultarán no pocos errores, de los cuales se anotarán aquí algunos de los más notables.

V. 42. *Ordinis hæc virtus erit et venus, aut ego fallor.* Horacio dice que ó él se engaña ó la excelencia y gracia del método será, etc. Espinel traduce:

Esta del escribir es la excelencia
Y la gracia se engaña ó yo me engaño

(Podrá ser errata, y tal vez deba leerse el segundo verso:

Y la gracia también, si no me engaño...
Y la gracia será, si no me engaño...

porque me parece imposible que Espinel entendiese que el *venus* se refería á *fallor*). Sigue diciendo Iriarte:

V. 251. Explicando Horacio lo que es el pie yambo, dice que tiene una sílaba larga después de una breve. «*Syllaba longa brevi subjecta vocatur iambus.*» Espinel traduce una sílaba larga ante otra breve, sin advertir que el pie yambo no consta,

como el troqueo ó coreo, de sílaba larga antes de breve, sino de breve antes de larga.

(Atendiendo al descuido con que se imprimió la traducción de Espinel, no sería aventurado suponer aquí otra errata y leer *una sílaba breve ante otra larga*: no son raros los *quid pro quos* tipográficos de esta especie.)

V. 301. Horacio hace mención de un célebre barbero que había en Roma, llamado Licinio. Espinel traduce *al barbero llano*, sin que sea fácil comprender qué razón pudo inducirle á semejante yerro.

(No sería difícil que Espinel hubiese escrito, con abreviatura corriente en su tiempo, el nombre de Licinio así: *Licno*, que los impresores leyeron *Llano*.)

V. 345. Horacio dice que el libro que deleita é instruye pasa el mar, pero no añade señaladamente como Espinel: *y va á las Indias*. Ni tampoco pudo Horacio nombrar *las Indias* en plural, cuando sólo debía conocer lo que propia y primitivamente se llamó India, y que desde el descubrimiento de América distinguimos con el nombre de *Oriental*.

Otros defectos por el estilo señala Iriarte, algunos verdaderamente graves, como errores de interpretación, v. gr., el *pertinax* por *pernix*; otros que no son sino libertades, tal vez excesivas, en añadir ó quitar algunas palabras, y dos ó tres, en fin, que son aciertos mal reprendidos por el crítico, v. gr., el *faber imus*, que Espinel tradujo con exactitud *un muy bajo oficial*; esto aparte de ciertas interpretaciones, á lo ménos controvertibles, como la del *Scribendi rectè*, censurada por Iriarte tal vez con excesiva ligereza. No pretendo por esto absolver á Vicente Espinel de algunos evidentes dislates, como el traducir el *Idem facit accidenti* de esta manera:

Quien guarda al que no quiere ser guardado
Guarda también al que matarse quiere,
Que es el uno ofensor y otro ofendido,

lo cual ni es traducción ni tiene sentido.

Entra después Iriarte á censurar los defectos de versificación en que incurre Espinel. Critica los versos esdrújulos, por ejemplo:

Cualquiera estilo al parecer del ánimo...
Muy natural para tratar las fábulas...
La Musa concedió á los versos líricos...

«Espinel usa de esta licencia con tan poca moderación, que de trece versos llegó á rematar en esdrújulos los siete, casi todos inmediatos. Notarás también alguna dureza en muchos versos, como son, entre otros, los siguientes:

Que ríe si ríen, y si lloran llora...
Extendíase en los versos y en la música...
Por más dichoso que á la mísera arte...

Ora la que fué ya estéril laguna...
 Que ninguno hiciera más poesías...
 Va ahuyentando al docto y al indocto...

A esto se añaden por fin las insipidísimas repeticiones de una misma palabra, v. gr.:

El *sacro* Orfeo, de los *sacros* dioses...
 Al *llano* trato de oficiales *llanos*...»

Como se ve, Iriarte no pierde ripio, y echa mano hasta de los más leves defectillos. Intentando suavizar un poco la aspereza de su censura, añadió, sin embargo: «En algunas de estas imperfecciones cabe disculpa, pero todas ellas parecerán muy extrañas á quien haya leído las Églogas, Canciones y otras poesías en que el mismo autor supo explicarse con bien distinta armonía, naturalidad y fluidez, de suerte que apenas podrá creerse que el que escribió aquella dulce y elegante égloga que empieza: *¡Ay, apacible y sosegada vida!* haya versificado con tan arrastrado y lánguido estilo, como el que se echa de ver en su versión del Arte Poética de Horacio. Pero no todos los ingenios son igualmente dispuestos para toda clase de composiciones, y el licenciado Vicente Espinel, que por ser buen poeta original, lírico y bucólico, mereció los elogios con que le honró Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, se expuso á una fundada censura cuando quiso escribir como traductor y poeta didáctico.»

Contestó Sedano al prólogo de Iriarte con harta acritud y malas razones, en el tomo IX de su *Parnaso*, y sostuvo Iriarte su opinion en el opúsculo intitulado *Donde las dan, las toman*, citando nuevos yerros de Espinel, algunos en verdad notables. Tal sucede en el difícil verso que tanto ha dado que hacer á los comentadores de Horacio: «*Nec circa vilem patulumque moraberis orbem,*» que Espinel tradujo muy mal

Si del vulgacho la opinion no sigues...

Vino en refuerzo de Iriarte, en la empeñada polémica con el Parnasista, el docto académico D. Vicente de los Rios, asegurando que *la traducción del poeta rondeño era floja, lánguida, sin nervio y sin armonía, muy al contrario del original horaciano. En muchos lugares no sólo no comprende el pensamiento de este grande y venerable escritor de la antigüedad, sino que dice unos disparates que dan lástima: ni expresa la fuerza del original, ni su brío, ni su gracia, ni su versificación.*

Prescindiendo de lo que influían en las juicios del discreto y erudito artillero cordobés sus personales resentimientos con Sedano, no ha de negarse que la versión de Espinel adolece de sustanciales defectos, y no es para citada como modelo de exactitud ni de elegancia. Grande fué, sin embargo, el servi-

cio que con ella prestó el ingenioso novelista á nuestras letras, que carecían aún de una versión, á lo menos impresa, de la *Epístola á los Pisones*; y gratitud merece siempre el que allana el camino y da en él los primeros pasos. No merece en modo alguno el maestro de Lope de Vega el desden con que le trata Cándido Lusitano, que en 1785 publicó en Lisboa una medianísima traducción del *Arte Poética*, en verso portugués: «*Vimos a tradução de Vicente Espinel (dice en su prólogo) e ainda a nao vimos peyor. He em verso solto sumamente escabroso, sem nelle imitar em alguma parte alguns longues da indole de Horacio. O peyor he que nao entendeo muitos dos seus logares mais principaes, nem traduzio muitas expressoes sem as quaes fica lánguido o poeta, e sem aquella gala que he propria do seu vivo estylo. Nao produzimos exemplos para prova disto: em qualquier pagina os achará facilmente o leitor.*»

Poseyó Iriarte, y es extraño que no le cite ni en el prólogo de su traducción ni en el opúsculo *Donde las dan, las toman*, un manuscrito de 84 folios, letra de comienzos del siglo XVII, intitulado: *Traducción de la Arte Poética de Quinto Horacio Flaco, Príncipe de los poetas líricos, y de los tres Discursos sobre el poema heróico de Torquato Tasso, por don Thomás Tamayo de Vargas, toledano*. No llegó este manuscrito á manos de D. Juan Tineo. Poseíale últimamente Salvá, en cuyo catálogo aparece, y hoy debe estar entre los demas libros de su Biblioteca que posee el opulento y afortunado bibliófilo señor D. Ricardo Heredia. Ignoro si este manuscrito, único hasta el presente conocido, es el mismo que don Juan Gualberto Gonzalez dice haber visto en la librería del Consejero de Estado D. Fernando de la Serna. Es singular que no cite esta versión el mismo Tamayo en la *Junta de libros*, ni Ustarriz en el *Panegírico sepulcral*, ni Nicolás Antonio, ni ninguno (que yo sepa), de cuantos han tratado del infatigable cronista toledano. Como no he visto su versión, ignoro si está en prosa ó en verso, aunque me inclino más á lo segundo.

A D. Sebastian de Covarrubias Horozco, autor del *Tesoro de la lengua castellana*, atribuye el mismo Tamayo en la indicada *Junta de libros* (ms. de la Biblioteca nacional) un *Horacio traducido en español*. Nicolás Antonio dice haber visto tan sólo la versión de *ocho sátiras*. Vanas han sido mis diligencias para indagar el paradero de semejante trabajo.

A par de las versiones castellanas, impresas y manuscritas, corrian por entonces entre nuestros doctos diversos comentarios y explanaciones latinas trabajadas por humanistas ibéricos. Ya he hecho justa mención y elogio de los trabajos de Francisco Sanchez de las Brozas. Contemporáneo suyo fué el celebrado poeta latino D. Jaime Juan Falcó,

valenciano, lugarteniente general de la orden de Montesa, apellidado por Felipe II *el hombre más docto de sus reinos*, y por el jesuita Andrés Scotto, *varon noble, poeta y matemático insigne*. Fué este Falcó autor de un tratado *De quadratura circuli*, impreso en Valencia (por la viuda de Pedro de Huette), año 1587, y en Anvers (por Juan Bellerio), en 1594. Pensó haber logrado con este libro el insensato empeño en que perdió gran parte de su vida y no poco estudio, así como en poner en exámetros latinos la *Ética* de Aristóteles, tarea prolija y excusada, que tal vez le impidieron dejarnos más sazonados frutos de su ingenio. Sus poesías latinas fueron coleccionadas por el caballero portugués D. Manuel de Sousa Continho, ilustre más tarde en la república de las letras, con el nombre de Fr. Luis de Sousa, que las dió á la estampa en Madrid el año 1600. No he visto esta edicion, pero sí la segunda hecha en Barcelona por Estéban Liberós, en 1624, al fin de la cual se hallan unos *Escolios*, breves, pero doctos y atinados, al *Arte Poética* de Horacio. Era Falcó grande enemigo de los gramáticos de su tiempo, y encarnizóse sobre todo con Lorenzo Palmireno, no acreedor á tan áspera censura, llegando á decir en una sátira:

Valete, Musæ, si potestis ampliùs
Amore Palmirenum (1),

A la categoría de los gramáticos (vulgarmente *dómines*) censurados por Palmireno, pertenecía el

(1) Lorenzo Palmireno, natural de Alcañiz, fué humanista docto y laborioso, aunque no muy sobrado de gusto ni de crítica. En su obra titulada *El latino de repente*, impresa en Barcelona, 1568, por Francisco Trizchet, inserta el siguiente catálogo de sus escritos: *Rhetorica, quarta editio*, 1578.—*Campi eloquentiæ, ubi de ratione declamandi, orationes, præfationes, epistolæ, epigrammata et declamationes Palmyreni continentur, anno 1573*.—*Eloquentia juvenilis, ubi elogia et exempla extemporales facundie continentur*, 1578.—*Hypotyposes clarissimorum virorum et fabellæ*, 1578.—*Ludicra Palmyreni, ubi lexicon nauticum, exercitatio dialecticæ, etc.*—*Etimologicæ latinæ, quinta editio*.—*Orthographiæ, tertia editio*.—*Prosodiæ, quarta editio*.—*De comparanda eloquentia et vario usu epistolarum, M. Tullii*.—*Phrases Ciceronis obscuriores in Hispanam Linguam conversæ*, 1574.—*Vocabulario del humanista de aves, peces, yerbas, cuadrúpedos, metales y piedras preciosas*, impreso en 1573. Reimpreso en Barcelona, 1575, añadidos *Stromata et Selecta Animalia*.—*Estudioso de la aldea*, tercera edicion, 1578.—*Estudioso cortesano*, 1573.—*Camino de la Iglesia*, 1576.—*Catecismo*, traducido del frances.—*Enchiridion lingue græcæ*; Lugduni, 1578.—*Orus Apollo græcè cum Schollis*.—*Descanso de estudiosos ilustres, donde van adagios traducidos de romance en latin, empresas, blasones, motes y cifras*, 1578.—*Silva nummaria*, donde se trata de monedas y frases de comprar y vender, con el tratado *De coloribus*.—*Segunda parte del Latino de repente*.—*Descuidos de los latinos de nuestro tiempo*, 1558.—*Vocabulario de las partes más principales del mundo*, 1578.—*Oratorio de enfermos*, 1579.—*Compendio de antiquitate romana, para entender á Ciceron, César y Virgilio*.

Dr. Juan Villen de Biedma, autor del libro intitulado *Quinto Horacio Flacco, poeta lyrico latino. Las obras con la declaracion magistral en lengua castellana*. Por el Dr. Villen de Biedma.—Granada, Sebastian de Mena, 1599, tomo que consta de 10 hs. prls., 130 foliadas y 8 de índice.

Forma parte de este volúmen una interpretacion completa en prosa de las obras del lírico de Venusa, hecha servil, rastrera y literalmente, como para principiantes, de la cual dice Búrgos (tal vez con rigor excesivo) que *agregando las faltas contra la sintaxis castellana á las cometidas en la inteligencia del texto, se pueden contar por un cálculo moderado seis errores en cada página*. En cuanto al *comentario ó declaracion magistral*, no merece tanto desprecio, pues, aunque abunda en pedanterías excusadas y garrafales errores, no deja de mostrar en Biedma copioso saber humanístico y buen conocimiento de la antigüedad latina, siendo en verdad sensible que tales dotes estén mezcladas con una ausencia tal de gusto y de crítica. Meritorio fué sin duda el libro del preceptor granadino, en cuanto contribuyó á extender el conocimiento de Horacio á tal punto que, segun refiere Lope de Vega, *se le encontraba hasta en las caballerizas*. ¡Cuánto han variado los tiempos! En el siglo XVII andaba Horacio por las caballerizas; hoy acaso falte en los estantes de muchos que por *sabios* se tienen. El libro de Biedma no es muy raro, á pesar de haberse hecho de él una sola edicion, que sepamos.

Humanista, no á la manera de Diego Lopez y Villen de Biedma, sino digno sucesor de los Brocenses, Matamoros y Abriles, fué el licenciado Francisco de Cascales, que en 1616 dió á la estampa en Múrcia sus *Tablas Poéticas*, dedicadas á D. Francisco de Castro, duque de Taurisano y virey de Sicilia. Divídese este tratado en diez *tablas*, versando las cinco primeras sobre la poesía *in genere*, y las restantes acerca de la poesía *in specie*, y está expuesta la doctrina en forma de diálogo entre Castalio y Pierio, viniendo á reducirse el libro á una amplia y erudita exposicion de la doctrina de Horacio en la *Epistola ad Pisones*, confirmada y extendida con los principios de Aristóteles, algo de Jerónimo Vida, y mucho de Mintorno, Robortello y el Pinciano, aparte de varias observaciones originales, algunas muy curiosas y dignas de notarse. Pero lo que á nuestro propósito más directamente interesa son estas palabras, puestas en boca de Castalio, en la página 5.^a (edicion de Sancha): «Y para principio de ello, os aviso que esta propia Poética de Horacio la tengo traducida en castellano, y viene á cuento respecto de ser lo que tratamos en nuestra materna lengua.»—*Pierio*.—«Y no sólo por eso, sino por haber en España muchos ignorantes de la latinidad, que si en ella lo tratárades, quedarán privados de

este bien.»—*Castalio*.—«Soy contento de lo hacer así, alegando de Horacio, cuando se ofreciere, los versos de mi traducción.» Cita, en efecto, no pocos pasajes de su traducción, hecha generalmente con fidelidad y elegancia, y de cierto muy superior á las de Zapata y Espinel. Es lástima que no se hayan impreso más que los fragmentos esparcidos en las *Tablas Poéticas*. Sirva de ejemplo el siguiente pasaje:

Podrás también hacer nuevos vocablos
 Con que argentar el ordinario estilo:
 Podrás discreta y muy escasamente,
 Si se ofreciere acaso alguna cosa
 Oculta, de las viejas, refrescarla:
 Modesta libertad se da que pueda
 Fingir palabras en su coyuntura
 De los ceñidos Cétegos no oidas
 Y serán admitidas y aprobadas
 Si de la fuente de los Griegos nacen
 En nuestro idioma poco variadas.
 ¿Por qué el Romano dió licencia en esto
 A Cecilio y á Plauto, y se la niega
 A Virgilio y á Vario? Y si yo puedo
 Algo innovar, conmigo se escrupula,
 Habiendo enriquecido Caton y Ennio
 Con su lengua el idioma de su patria,
 Y dado nuevos nombres á las cosas.
 Lícito fué, y será lícito siempre
 El forjar y decir nuevos vocablos
 Con las armas del uso señalados.

Es muy singular la interpretación que da Cascales á algunos lugares de Horacio, en especial al

Mediocribus esse poetis

Non homines, non Di, non concessere columnæ.

«Este verso último (dice) no le han entendido los intérpretes Acron, Porfirio, Lambius, Sanchez Brocense, ni Sambuco, ni los demás que yo he visto; y quiere decir, que ni los Dioses, esto es, ni los poetas líricos que celebran á los Dioses, ni los hombres, esto es, ni los poetas heróicos que celebran á los hombres ilustres, ni las columnas, esto es, ni los poetas trágicos y cómicos que representan sus obras en los theatros sostenidos por columnas, les permiten que sean medianos, que es tanto como decir que en todo género de poesía han de ser los poetas excelentes ó no escribir.»

Interpretación aventuradísima, violenta y traída por los cabellos.

El maestro Pedro Gonzalez de Sepúlveda, catedrático de Retórica en Alcalá, dirigió á Cascales algunos eruditos y juiciosos reparos sobre las *Tablas Poéticas*, dignos de recordarse aquí, porque en ellos interpretó discretamente algunos pasajes de la *Poética* de Horacio, y fué el primero en proponer la en-

mienda de *maturis*, después adoptada por Ricardo Bentley, en el verso

Mobilibusque decor naturis dandus et annis.

No satisfecho Cascales con haber expuesto la doctrina de Horacio en nuestra lengua, publicó en Valencia en 1639 un curioso, y aún pudiéramos decir *extravagante* opúsculo rotulado: *Epistola Horatii Flacci de arte poetica in methodum redacta versibus horatianis stantibus, ex diversis tamen locis ad diversa loca translatis. Autore Francisco Cascalio, primario in urbe Murcia humanioris literaturæ professore*: Descaminado el profesor murciano por la manía del *método*, se empeña en trastocar y volver de abajo arriba la *Epístola á los Pisones*, ordenándola, ó sea poniendo en ella mano sacrilega, hasta el punto de comenzar por el *ergo fungar vice cotis*, es decir, por un hemistiquio, dejando suelto en otra parte el *nihil tanti est* que le completa. Ilustró su trabajo con una paráfrasis por el estilo de la del Brocense, clara y elegante, é insertó al fin XXII observaciones gramaticales en que combate diversos principios de Nebrija, de Alvarez y de Francisco Sanchez (1).

M. MENENDEZ PELAYO.

(Continuará.)

LO VIVO Y LO PINTADO.

APUNTES NOVELESCOS.

PRIMERA PARTE.

SUEÑOS.

I.

Los hombres y las mujeres pasamos la mitad de la vida en la dulce tarea de forjarnos ilusiones, y la otra mitad en el cruel y doloroso empeño de desvanecerlas.

Seamos justos. Si las mujeres y los hombres estudiamos despacio los más tristes accidentes de nuestra vida íntima, hallaremos todos los juicios á que podemos demandar á nuestros malhechores, reducidos á un extraño juicio verbal, á un desesperante *monólogo*, cuyo final inevitable será siempre la propia condenación *con costas*.

De cien casos de falsía, seducción, engaño ó es-

(1) *Tablas poéticas del Licenciado Francisco Cascales. Añádese en esta segunda impresión Epistola Q. Horatii Flacci in methodum redacta. Item: NOVE IN GRAMMATICAM OBSERVATIONES. Item: Discurso de la ciudad de Cartagena, con licencia. En Madrid, por D. A. de Sancha, 1779.—Cartas Philológicas, esto es, de letras humanas, varia erudicion, explicaciones de lugares, lecciones curiosas, documentos poéticos, observaciones, ritos y costumbres, y muchas sentencias exquisitas. Madrid, 1779. H.*

tafa de sentimientos de que queremos culpar al prójimo ó á la prójima, noventa y nueve y medio vienen á arrojarnos al fin á la cara nuestra única y exclusiva culpabilidad.

No; no nos engañamos unos á otros; generalmente nos deleitamos en engañarnos á nosotros mismos.

Si el fruto natural es el desengaño, ¿por qué no ha de cosechar quien sembró con tal empeño y tan tierna solicitud?...

II.

Corría el año de gracia de 1863.

Era una de esas mañanas de Octubre, no excesivamente frías, pero cuya humedad produce el efecto desagradable de la lluvia menuda, empañando la vista del mismo modo que una espesa niebla.

El reloj de la estación del ferro-carril de Santander marcaba las siete ménos cuarto.

En la sala de equipaje se facturaban bultos. Muchos viajeros se acercaban en tropel á la ventanilla del despacho de billetes.

—Uno de 1.º á Bárcena—dijeron casi al mismo tiempo una señora y un caballero, cuyas señas particulares apuntará el autor, porque cree que han de interesar á los lectores de su novela, caso de que su novela tenga lectores.

Al oír la voz agradable de la señora, el caballero quiso examinar sus facciones; y á su vez la señora dirigió con disimulo una mirada á las del caballero.

Creo, sin embargo (¡Dios me perdone la malicia!), que cuando él pensó en mirarla ya había sido visto y revisto por ella, rápidamente; pero con ese fino y estudiado escrúpulo con que todo lo escudriña la mujer.

Era cuestión de curiosidad, y en este terreno las hijas de Eva aprendieron todas de su madre á aventajar á los pobres hijos de Adán.

La Eva de mi cuento pasó al salón de espera, y desde allí á un coche de primera clase, en cuyos almohadones se acomodó.

El Adán que había sido tentado por aquella compañera provisional de su vida, siguió sus pasos, entró en el mismo wagon y se sentó en frente de ella.

Un mudo y recíproco saludo fué la sencillísima introducción del compañerismo de los dos únicos personajes de estos apuntes novelescos.

III.

Aquel saludo, nada interesante significaba; pero, gracias á él, el autor no necesita romperse la cabeza para buscar un medio de colocar *en situación* á sus personajes.

Ni el más atolondrado Lovelace se puede dispensar de ser hombre político, en el sentido social de la palabra.

El saludo, aunque sólo sea con una ligera incli-

nación de cabeza, precede siempre á la primera frase de los enamorados.

La política viene á ser la introductora de los embajadores del amor, por mas que luégo resulte alguna mala embajada.

También lo es del desgraciado que se acerca al ministro con alguna pretension, siempre encabezada con las frases de la más fina cortesía.

Y el amante de buena fe, ¿qué es más que un pretendiente que aspirará á *un gran destino*?

La mujer amada no es más que un ministro con faldas, que se diferencia esencialmente del ministro de la Corona en que su corazón domina casi siempre á su cabeza.

Todo esto no quiere decir que nuestro viajero pretendiese nada al saludar á su jóven compañera.

La saludó porque tenía muy buena educación, y fué contestado su saludo por razones del mismo peso.

Con un saludo exploramos muchas veces la disposición de ánimo de aquel á quien lo dirigimos.

No puedo asegurar si el viajero exploraba algo; pero lo que sí aseguro es que la viajera, al contestarle sonriente, manifestaba en su favor una disposición de ánimo inmejorable.

IV.

Un airecillo húmedo entraba por la ventanilla del carruaje, junto á la que se hallaban recostados nuestros viajeros.

Ella tosió, haciendo un gracioso ademán de cubrirse con su abrigo.

Él se sonrió, apresurándose á cerrar la ventanilla.

—Gracias, caballero,—dijo ella.

—No las merece,—contestó él, volviendo á sentarse.

La locomotora, que sin duda no gustaba de cumplimientos, hizo oír un silbido prolongado, anunciando ruidosamente su partida, y el tren empezó á marchar majestuosamente, oyéndose la respiración lenta pero vigorosa del monstruo de corazón de fuego que ha inventado el siglo para devorar distancias.

Aquella respiración adquirió una agitación progresiva que llegó á ser febril cuando el monstruo, tocando casi con sus piés de hierro las aguas del mar, vió retratado en los cristales de la hermosa bahía de Santander su negro y ondeante penacho.

Parecía impulsado por el orgullo que le inspiraba su propia imagen.

Á borbotones lanzaba las bocanadas de humo que iba dejando detrás como una sutil y vaporosa burla á la falta de actividad de los perezosos siglos pasados.

Nuestros viajeros admiraban absortos, pero á la

ligerá forzosa, los variados cuadros que á su vista se presentaban.

Especiales razones tenía él para sentir que aquella bella perspectiva se le ofreciese tan ligeramente.

El autor va á explicar estas razones, aprovechando la distraccion de los personajes para trazar con tosco pincel los rasgos de su fisonomía física y moral.

Creo haber dicho que nuestra viajera era jóven y que estaba bien educada. Y viajando en wagon de primera clase, debe suponerse que, si no á la clase aristocrática, pertenecía por lo ménos á la clase media.

El lector escrupuloso que, rechazando la libertad de la doncella inglesa, se alarme viendo á una jóven solita por esos caminos de Dios, espere y oiga.

Nuestra viajera, hija legítima de España, era independiente de hecho y de derecho.

Era viuda.

La viudez es el estado más libre de la mujer, aunque también el más peligroso.

La virtud es tanto más meritoria cuanto más peligros la rodean.

La viuda jóven, hermosa, celebrada por el mundo y que sobre el mundo se alce con el limpio escudo de la virtud, puede aspirar con justicia al título honroso de *mujer fuerte*.

V.

No lo era, en verdad, de complexión nuestra viuda.

Delgada; esbelta y ligera de cuerpo; fina de facciones; blanca, no tanto como el alabastro; con hermosísimo cabello, ménos negro que el azabache; linda boca, pero cuyos labios no competían con el coral y cuyos dientes hubieran tenido más precio si hubieran sido perlas.

Lo más bello de sus bellos ojos era la expresión, siempre arrebatadora y elocuente; y en esto sí que estoy seguro de que podía competir con Cicerón, Demóstenes y demás grandes oradores de la antigüedad.

Bajo el imperio de aquella elocuencia persuasiva nunca hubiera llegado Catilina á abusar de la paciencia de la república romana.

Con todas esas dotes, sencilla elegancia en el vestir y la dulcísima voz que tanto llamó la atención de su compañero, la viudita podría pasar por una de esas mujeres á quienes han dado en llamar *espirituales*.

Espirituales, acaso porque su poderoso espíritu ilumina y embellece poéticamente sus formas.

La jóven independiente, *sui juris*, era conocida en la buena sociedad de Madrid y en la de Santander, adonde la llevaban sus amigas á pasar la temporada de baños, con el dulce nombre de Amelia.

VI.

Amelia se cansaba ya de sus triunfos de salón, y anhelaba volver á ser lo que había sido cuando niña, porque niña era casi cuando perdió el marido, que más bien hizo el papel de padre mimoso y juguete de los caprichos infantiles de Amelia.

Feliz é independiente, como España cuando se abrió al cartaginés, la incauta viuda deseaba conocer el dulce yugo que no había tenido tiempo de sentir.

Pero fatigada de los homenajes empalagosos de la escuela romántica y de los groseros de la positivista, esperaba un prudente y justo medio entre estas dos escuelas.

Era el compañero jóven como de treinta años, de regular estatura, rubio, y sin ser sus facciones modelo de perfección, había en el conjunto ese *no sé qué* agradable que constituye un rostro simpático.

En la expresión melancólica de su mirada se revelaba algo del alma de los verdaderos artistas, que no se escapó al talento observador y práctico de la viuda.

Era un pintor excelente. Sus bellísimos paisajes habían sido distinguidos en las exposiciones de Madrid y París, de donde venía después de haber hecho una detenida excursión por Alemania, que amaba instintivamente, porque es el país clásico del arte, y, sobre todo, por el carácter espiritual y soñador de sus habitantes con que simpatizaba.

Pendía de sus hombros con finas cintas de charol una cartera de forma cuadrada, donde llevaba su álbum y sus lápices para aprovechar cualquiera ocasión oportuna en que poder trasladar al papel, aunque sólo en cróquis fuese, los cuadros más bellos que la naturaleza le presentase.

Ahora comprenderá el lector las razones que el pintor tenía para sentir lo acelerado de su viaje por un país en que tan bellas perspectivas se ofrecen á la inspiración del genio.

El pintor vivía por el arte, y sólo para el arte, y miraba casi con indiferencia todo lo que con el arte no tuviese alguna relación.

Y no era el corazón del hombre lo que habían despertado la voz y la belleza de Amelia.

Habían despertado las simpatías del corazón del artista.

Cuatro años ántes, esto hubiera sido un hermoso triunfo para la jóven viuda. Pero ya poco debía importarle inspirar al artista, si no era también objeto de las aspiraciones del hombre.

VII.

Nuestros viajeros habían llegado hasta Renedo contemplando el país á través del cristal de la ventanilla.

—¡País delicioso!—había exclamado frecuentemente el joven pintor.

—Mucho ama usted la naturaleza,—dijo por fin Amelia.

—Es una madre bella y cariñosa que me ha dado cuanto soy y cuanto valgo.

—Es usted un hijo agradecido.

—No siempre, señora: en mis obras he hecho á su belleza algunos agravios que nunca podré perdonarme.

Amelia iba á preguntarle si era poeta, recordando que tambien su hermosura había recibido algunos *agravios*, concertando con *labios*, en versos que, si no revelaban el amoroso sentimiento, mostraban bien á las claras la falta de sentido comun de sus autores, inspirados á la luz de las bujías de los *buffets* aristocráticos.

Pero en aquel momento el tren se detuvo. El joven se apresuró á abrir su cartera, sacó el álbum y en una hoja empezó á trazar precipitadamente los principales rasgos de un paisaje.

La locomotora silbó con impaciencia. Parecía querer manifestar al pintor que su reglamento particular no le permitía conceder un minuto más ni á las mismas lucubraciones del genio.

El tren marchaba.

El pintor cerró resignado el álbum, mirando hácia el cristal con el candoroso desconsuelo de un niño que ve apagar las linternas de un panorama cuando se halla más divertido ante los cuadros maravillosos.

Amelia se sonrió deliciosamente observando al pintor.

En el carácter del joven, como en el de todo artista de corazón, había mucho de infantil, y Amelia, como todas las mujeres, amaba á los niños con delirio.

El niño pintor tenía, pues, para Amelia en su fisonomía moral un rasgo encantador que no debía pertenecer sino al justo medio que buscaba entre las escuelas romántica-simple y grosera positivista á que pertenecían sus idólatras de antaño.

El pintor empezaba á interesar á la joven viuda.

—¿Será el amor un juguete para el corazón infantil del artista?

Fuera del terreno del arte, ¿se hará el niño demasiado hombre?

VIII.

Ante la primera de las dos anteriores preguntas que se hizo á sí misma, la viuda se desconsoló.

Ante la segunda empezó á alarmarse.

La imaginación de la mujer desconsuela y alarma á su corazón con mucha frecuencia.

La imaginación incansable de la mujer hace á su corazón en un minuto mil preguntas á que su razón no se toma el trabajo de contestar.

Amelia, á pesar de todo, creyó necesaria la contestación á sus dos interesantes preguntas, y, no pudiendo exigirla á su razón, iba á buscarla en otra parte.

—Observo, compañera mía, que ha quedado usted muy preocupada,—dijo en aquel momento el pintor.

—Precisamente pensaba en las preocupaciones de los artistas.

—¿Alude usted, sin duda, á mi constante adoración hácia mi madre y maestra? Confieso que sufro cada vez que me ofrece pródigamente sus bellos recuerdos y no puedo aceptarlos. Este prodigioso invento de la época que nos trae y nos lleva sin un momento de reposo, no da lugar al alma para fijar sus afectos.

—¿Sus afectos... filiales, querrá usted decir?

—Hablo en general, señora: el amor... la amistad... En estos viajes nacen mil veces simpatías que, cuando empiezan á crecer, se desvanecen como las huellas de humo que va dejando detrás de sí la máquina.

—No estoy enteramente conforme con usted, señor artista.

—En este instante me parece que yo mismo reniego de mi opinión en el asunto.

—¿Y cómo puede ser eso?—exclamó Amelia con un candor hipócrita adorable.

—Encontrando en la fisonomía de usted, en la expresión de su mirada, en su voz, en sus maneras, algo que no pertenece al vulgo de las mujeres y que constituye mi bello ideal, mi tipo originalísimo.

—¡Ay, Dios mío! que se me sube á las regiones de la escuela tonta,—dijo para sí Amelia.

—Luégo,—prosiguió el pintor,—veo en su manera de viajar la independencia de usted, su animosa despreocupación, que le alejará, sin duda, de esas ideas exageradas de la virtud...

—¡Caballero!—exclamó con dignidad la viuda, temiendo que su niño se pasase con armas y bagajes á las filas de la otra escuela.

—Me explicaré, señora, me explicaré, para que no me tenga usted por grosero, aunque temo llegue á calificarme de loco. Soy pintor. Necesito viajar. Estoy cansado de viajar con los amigos, porque no hallo amigo que no me sobre ante los cuadros de la naturaleza; y, para trasladar á los míos la luz, el agua, las flores, el cielo y toda la magnificencia de mi hermosa madre y modelo, quisiera tener á mi lado un alma hermana que sintiese y alentase mi inspiración. Creo que el alma privilegiada que busco está en una mujer; pero esa mujer ha de ser, como ya he dicho, *originalísima*; ha de seguirme con confianza, despreocupada y sin pensar, sin acordarse de más lazos que los santos de la amistad y los de pura inspiración del arte.

IX.

Amelia no encontró palabra con qué contestar al breve cuanto extraordinario discurso de su compañero.

Aquel caso no estaba incluido en su diccionario histórico de manifestaciones masculinas del amor.

El original hijo de Apeles sacó su reloj y fijó la vista en la esfera, como si quisiera marcar el tiempo que debía durar el silencio de la viuda.

Volvió á guardarle á los dos minutos y miró á Amelia sonriendo de un modo indefinible.

Luego tomó el álbum y se puso á repasar las hojas, como si nada significasen las palabras que había pronunciado.

Amelia siguió sobrecoyida de asombro los movimientos del pintor.

Al verle hojear tranquilamente el álbum, creyó que aquel loco tenía todavía bastante razon para renunciar á una respuesta á sus indirectas y peregrinas proposiciones.

Luego se reconcentró en sí misma y se puso á pensar, haciéndose preguntas como siempre, pero sin dejar de mirar al jóven, que parecía querer distraerse buscando con la memoria el colorido natural de aquellos hermosos recuerdos bosquejados magistralmente con el lápiz.

—¿Es un niño que se divierte, ó un loco que se burla de sus propias locuras?

Amelia quiso darse cuenta de que podía ser ambas cosas, puesto que los niños no suelen ser más que locos pequeños, y los locos, por lo general, son niños grandes.

Pero los unos no han llegado todavía á poseer la razon, y los otros ya la han perdido.

Los niños gritan de impaciencia, y los locos de desesperacion.

Los niños se acercan á la luz y la luz huye de los locos.

Los niños son alegres pobres de nacimiento que loquean causando risa.

Los locos son infelices pobres despojados que niñean arrancando lágrimas.

La viuda debió comprender todo esto.

Miró profundamente á su compañero y á un tiempo asomaron la risa á sus labios y las lágrimas á sus ojos.

Aquellas lágrimas de compasion encerraban un misterio hasta para la misma Amelia.

Sus adoradores nunca habían alcanzado más que risas burlonas.

Aquel era su primer llanto... de amor.

X.

Amelia llevó su pañuelo á los ojos, despues de haber contemplado al niño-loco por el cristal de sus lágrimas.

Luégo, como si su orgullo quisiera borrar las huellas de su ternura, la jóven viuda apoyó con negligencia la cabeza en el respaldo del carruaje, cerró los ojos y se fingió dormida.

Cuando despues de largo rato el pintor levantó la vista del álbum para mirar á Amelia, Amelia dormía realmente.

Las niñerías y locuras del pintor le inspiraban sin duda confianza.

El jóven contempló su hermosura con el mismo respetuoso cariño con que admiraba los cuadros de su magnífico modelo.

¿Quién sabe si las imágenes del sueño de Amelia estarían relacionadas con la dulce contemplacion del artista!...

XI.

—¿Bárcena!—gritó con voz destemplada un empleado de los más subalternos de la administracion del ferro-carril de Isabel II.

—¿Amelia! ¿Amelia!—gritaron casi al mismo tiempo con voz alegre dos señoritas, asomando á la puertecilla, ya abierta, del carruaje donde habían viajado solos el pintor y la viuda.

Esta despertó y corrió á los brazos cariñosos de aquellas amigas que la esperaban con tal ansia y tal fuerza de egoismo, que se la llevaron sin darle tiempo más que para dirigir una triste mirada y contestar con un saludo de despedida al entónces conmovido pintor.

Corría, como he dicho, el año de gracia de 1863.

El pintor, que se dirigía á Madrid, contemplaba ya en el andén la rápida marcha de la viuda, llevada en volandas por sus amigas hácia una linda casa de campo que se alzaba en medio del frondoso valle.

El monstruo de corazon de fuego que le había arrastrado con Amelia por una suave pendiente de ilusiones artístico-amorosas, lanzaba en la estacion de Bárcena un terrible silbido de desesperacion, porque no acababan de vencerse los rudos obstáculos que la naturaleza oponía á su paso á través de los montes.

La seccion del ferro-carril de Bárcena á Reinosa era todavía un proyecto en accion, lleno de dificultades por los largos y costosísimos túneles.

¿Serían aquel dulce sueño de la viuda y aquella larga y casta contemplacion del artista los laboriosos trabajos que pudieran conseguir—con permiso de los ingenieros de caminos—un túnel moral por donde al fin acaben de comprenderse y comunicarse aquellos dos corazones?

Si una casualidad los ha hecho viajar juntos, ¿qué otra casualidad, y cuándo, y cómo y dónde podrá volver á reunirlos?

Esos sueños que forman época en la historia íntima de dos corazones, ¿terminarán en realidades ri-

sueñas, ó quedarán reducidos, por gracia de la prosa de la vida y debilidades de la naturaleza humana, á aquellos fantásticos sueños que tan maravillosamente nos pinta el genio más portentoso de la dramática española?

¡Ay! Los hombres y las mujeres pasamos la mitad de la vida en la dulce tarea de forjarnos ilusiones, y la otra mitad en el cruel y doloroso empeño de desvanecerlas.

EDUARDO BUSTILLO.

(Concluirá)



El principio de esta obra revela claramente sus tendencias. Defender, en la cuestión de las relaciones del hombre y el animal, las doctrinas aceptadas por la antigua psicología; fortalecer el espiritualismo en uno de los puntos en que el ataque ha sido más vigoroso y más acertadamente conducido por sus adversarios; en una palabra, confirmar, por medio de una escrupulosa revisión de los datos de este problema, la solución que le han dado hace mucho tiempo los maestros clásicos y los doctores de la Iglesia. Tal es el objeto de este libro; y por haberse juzgado cumplidamente satisfecho, ha sido premiado su autor.

Preciso es reconocer que nunca se ha hecho más brillante defensa de semejante causa, desde que ha tomado carta de naturaleza en Francia la escuela espiritualista. Jamás la distancia que separa al hombre del animal ha sido determinada, y, en cuanto es posible, aumentada, con mayor riqueza de argumentos ingeniosos, ni con más completo conocimiento de los hechos y del estado actual de la cuestión en la literatura filosófica. No cabe estar sin duda alguna, más al corriente de lo que el autor se halla de la controversia contemporánea y de sus mil aspectos y peripecias.

Este es un notable progreso por el que debemos felicitar á la escuela; entra cada vez más en el movimiento científico. Ya pasó el tiempo en que un filósofo eminente, traductor de Aristóteles, escribía sin asombrar á nadie estas palabras, casi increíbles: «Hacer de la psicología y de la fisiología dos ciencias que se auxilien y complementen, esto es lo que se proponen otros fisiólogos... La psicología, encerrada en la observación de la conciencia... pretende no necesitar ningún apoyo... En nuestro tiempo, ¿qué servicios reales ha prestado la fisiología á

la psicología? ¿En qué ha demostrado que le fuese, no digo ya necesaria, sino solamente útil?... La psicología no rechaza los auxilios que se le ofrecen; pero esos auxilios no han llegado todavía, y según todas las apariencias, no llegarán nunca.» Entonces se designaba con el nombre de fisiología lo que hoy llamamos biología.

Al emprender su estudio M. Joly se propuso, seguramente, ir tan lejos como le fuera posible en el camino de las concesiones. Examina á sangre fría el darwinismo; reconoce que una parte de la naturaleza puede, en rigor, explicarse por los principios de la evolución; tampoco niega los progresos de la explicación mecánica de los fenómenos biológicos; y repetidas veces declara que sentiría aparecer en contradicción con los hechos comprobados de la ciencia. Hasta se apoya en estos resultados y con preferencia indica estos descubrimientos, siendo sus argumentos favoritos las citas de los más ilustres biólogos. De suerte, que su libro parece destinado igualmente á los sabios cuyo espiritualismo se ha debilitado, que á los filósofos cuya convicción guarda la inmutabilidad de sus dogmas.

Por desgracia, es de temer que su lectura no alcance á los hombres de ciencia, que prefieren las exposiciones ó relatos de hechos y creen generalmente, con razón ó sin ella, que una cuestión está resuelta ó terminada cuando se han reunido y consignado los hechos que á ella se refieren en un estado luminoso.

El método de M. Joly es muy distinto. Para él, la cuestión de la inteligencia de los animales «no es ni puede ser más que una cuestión de razonamiento y de metafísica.» De aquí se desprende una extraña consecuencia: el autor de la tesis sobre el *Instinto*, que desde hace mucho tiempo tenía á su disposición una multitud de hechos extraídos de buenas fuentes, que conocía, sin duda alguna, los más importantes trabajos de estos últimos tiempos sobre las costumbres de los animales, no ha utilizado estos ricos materiales sino con mucha parsimonia, y ha dedicado casi las tres cuartas partes de su voluminoso libro más bien á disertar y razonar sobre los hechos que á exponerlos. Para tales consideraciones y razonamientos se sirve necesariamente del lenguaje que les es propio, con el cual apenas se está familiarizado fuera de la escuela. Los biólogos se desaniman fácilmente al internarse en los espinosos senderos de la metafísica.

Será posible, por consiguiente, que el camino recorrido por M. Joly, para reunir á los partidarios de la escuela experimental, no le conduzca tan cerca del terreno que estos ocupan, como sería conveniente para una comun inteligencia. Sin embargo, una curiosa correspondencia del autor con M. Naudin, de la Academia de ciencias, publicada como

(1) *Psicología comparada. El hombre y el animal*, por Enrique Joly, profesor de filosofía en la facultad de letras de Dijon, obra premiada por la Academia de ciencias morales y políticas.

apéndice, hace suponer que acaso obtenga de su tentativa de conciliación algo más que la gloria de haberla emprendido.

Por lo demás, un análisis tan exacto como es posible de su obra va á permitirnos conocer cuál es su verdadera opinión y hasta qué punto participa del criterio de la filosofía evolucionista.

En dos partes esenciales se divide por el pronto su trabajo. En una de ellas se estudia más especialmente al animal, y la otra está consagrada exclusivamente al hombre. En la primera, después de una exposición del método, se hace un detenido exámen de las condiciones de la vida intelectual inferior aún en el hombre, para que sirva de clave ó solución á los problemas de la conciencia animal. Esta explicación se desarrolla con el título de *Naturaleza del instinto*, y comprende dos capítulos: la vida animal en el hombre, y la vida animal en el animal mismo; el primero destinado á ilustrar ó esclarecer al segundo.

En la segunda parte, tomando como punto de partida la sensación, se ve desarrollarse una serie de facultades propias del hombre, cada una de las cuales hace suponer la siguiente, y que todas van á encontrar su última explicación en la existencia de un principio supra-sensible: el alma. Vamos á pasar revista al contenido de dichos capítulos.

1.º *De la vida animal en general.*—La sensación se diferencia de la impresión y de la irritación vitales. No se puede apreciar por fuera; se percibe, por decirlo así, interiormente, por el mismo sér; y aunque se halle localizada, es decir, siempre en determinado sitio del cuerpo, es indudable que todo el sér se encuentra afectado. Esto lo conocemos en nosotros, y lo vemos de un modo manifiesto en los animales, que experimentan dolor ó placer. La sensación es, pues, el punto de partida común de la naturaleza humana y de la naturaleza animal; es el primer dato de la psicología comparada. Pero en el fondo, ¿es distinta de la excitación? Sólo alcanza un grado más. Basta, para que tenga lugar, que el órgano á que se contrae esté dotado de espontaneidad y participe de la unidad vital de un organismo más vasto; luego esta es la propiedad de todo organismo animal.

Todo sentido, todo órgano se halla siempre dispuesto á entrar en ejercicio, aún en ausencia del agente que de ordinario le provoca. Esto es lo que se llama un efecto de imaginación. Cuanto más fuerte ha sido la sensación primitiva y más frecuentemente seguida de sensaciones análogas, más tendencia hay en ella á reproducirse. Pero esta sensación sin objeto que espontáneamente suele ponerse, en cierto modo, á la cabeza de las que la presencia de nuevos objetos nos produce, modifica estas últimas completándolas ó corrigiéndolas. «Si un oído

ejercitado percibe sonidos acordes, imaginará inmediatamente otros que concuerden con los que efectivamente ha percibido. Si se siente herido por sonidos discordantes, restablecerá la armonía. La vista obra de igual modo...» Todos los órganos obran de una manera análoga cuando son excitados simultáneamente; sus sensaciones se completan y corrigen mutuamente. Pero ¿hay algo que sobrepuje al poder de la sensación? No. Estos hechos se explican también en sus caracteres esenciales: actividad propia de cada órgano, y solidaridad de todos ellos entre sí. Hasta los de la imaginación, tan variados é importantes, se explican lo mismo.

Aquí se hace un estudio muy detallado y muy interesante de los efectos de la imaginación en el dolor y en el placer; estudio cuya relación con el objeto de este libro no es, en verdad, bastante directa. Desde luego se vislumbra el propósito del autor al verle servirse de los precedentes análisis para dar cuenta de los fenómenos que desempeñan un gran papel en la vida animal, tanto en el hombre como por bajo de él, que son: la necesidad y el deseo. La necesidad es la sensación dolorosa en estado naciente. Agregadle la idea de lo que puede satisfacerla, y tendreis el deseo. El deseo es, pues, para la imaginación lo que la necesidad para la sensación. En todo esto nada excede á la capacidad de la excitación vital y los movimientos que ella produce en todo órgano sensible. La necesidad y el deseo no son, como las representaciones que las motivan, más que cambios de estado del organismo; es decir, si no verdaderos fenómenos mecánicos, por lo ménos fenómenos inseparables de los movimientos. Y, sin embargo, estos sencillos fenómenos bastan á explicar una multitud de manifestaciones de la vida animal, lo mismo en el animal que en el hombre. Este capítulo se presta á muchas reflexiones. Reconoce M. Joly que hay en nosotros una necesidad de pensar, de amar y de practicar el bien; y con mayor razón, de los deseos correspondientes. ¿Cómo se concilia esto con su doctrina general? Si todo deseo es un movimiento, el deseo de lo mejor ¿no será una modificación del organismo? ¿Qué es entonces de la espiritualidad del alma? Otra cuestión. La vida animal que pinta M. Joly es la del niño; él mismo lo declara. En parte, es también la del hombre adulto, puesto que nuestra conciencia nos proporciona en ella el modelo, á falta de la conciencia animal inaccesible para nuestras investigaciones psicológicas. ¿Cómo, pues, ha podido decir que el hombre no tiene instintos? Siendo así, no podríamos penetrar por nuestra propia conciencia los fenómenos psíquicos del animal. Y en este caso, ¿cómo se descubrirán y qué significa el anterior análisis?

2.º *De la vida animal en sus determinaciones particulares.*—Un conjunto de sensaciones y de imá-

genes ó ideas constituyendo un conjunto de necesidades y de deseos correspondientes; una reunion de impulsos sentidos, resultantes de la estructura y del juego de los órganos: tal es el instinto, segun M. Joly. Es evidente que á pesar de la uniformidad y la constancia de la forma orgánica en una especie dada, los cambios de circunstancias orgánicas ó exteriores que se produzcan y las diversas excitaciones que de esto se deriven, determinan como consecuencia otros tantos cambios en las impulsiones instintivas. Esto explica, no solamente los variados instintos de que cada especie se halla dotada, segun la variedad de su organizacion, sino tambien las modificaciones particulares de los instintos en los individuos. Partiendo de este principio es como el autor da cuenta de las aptitudes especiales de cada especie: un órgano dominante, lugar de sensaciones dominantes, amolda en cierto modo todo el organismo á lo que en cada animal llega á ser el medio de servirse de este órgano lo más ventajosamente posible. Así se explica tambien el carácter en una infinidad de casos. Todo este capítulo está lleno de datos, y es verdaderamente instructivo; es el más científico de la obra.

Pero ¿de qué género es esta explicacion de los efectos del instinto y del instinto mismo? No hay duda posible: es mecánica. Lo mismo que en las máquinas hay una pieza maestra ó principal que determina la forma de las demas; por ejemplo, así como la máquina de vapor destinada á mover la hélice de una nave, difiere de la máquina de vapor destinada á arrastrar wagones sobre rails, así el animal de largas orejas se distingue por su disposicion para huir rápidamente y ofrece el carácter y las condiciones de un animal medroso ó tímido, mientras que el animal de uñas largas y de dientes revela tendencias ó aptitudes contrarias. Esto quiere decir que cuando la mayor parte de los naturalistas aspiran á explicar el órgano por la funcion, tropezamos con un filósofo espiritualista que se complace en explicar la funcion por el órgano, la actividad psíquica por el mecanismo corporal; en el animal, por supuesto, no en el hombre.

M. Joly ha comprendido sin duda que tal sistema de explicacion, que, segun él, arroja una viva luz sobre las manifestaciones más delicadas, diferentes y complejas de la actividad animal, podría ser aplicado por algunos á las manifestaciones de la actividad humana. Ha debido vacilar algo entre los dos caminos que hoy quedan abiertos al espiritualismo; uno, en el que, segun una fórmula de A. Comte, adoptada por M. Ravaisson, se explica en todas las cosas lo inferior por lo superior, el órgano por la funcion, la vida por la conciencia, el movimiento por la idea, á trueque de no hacer de la naturaleza una escala continua de pensamientos, cuyo más

elevado peldaño sería el pensamiento humano; y otro, en que, por asegurar al hombre, á toda costa, un lugar separado en la naturaleza, se divide á esta en dos fracciones, explicando aquí la conciencia por el mecanismo y allí el mecanismo por la conciencia. Al adoptar este último sistema, M. Joly ha comprendido seguramente los peligros que despertaba, y no ha podido desconocer las apariencias ilógicas que ofrece. Pero se lisonjea de haber evitado estos inconvenientes y de establecer una barrera bastante elevada entre los dos dominios, para que los principios que aclaran ó ilustran al uno no invadan al otro. Veamos si lo ha conseguido al determinar las verdaderas leyes de la evolucion psicológica en el hombre.

La evolucion psicológica.—Para llegar al fin pretendido por M. Joly, sería preciso, por el pronto, demostrar que lo que sucede en el animal no sucede en el hombre, como lo que sucede en el hombre no sucede, segun él, en el animal; es decir, que el animal no razona jamás, y que el hombre no obra nunca por instinto. Sería necesario que la razon no se mezclase en los impulsos para trasformarlos, ni los impulsos en la razon para inmovilizarla; se debe poder decir respecto al hombre lo que se dice respecto al animal: «¿Ó es la inteligencia ó el instinto quien lo hace todo.» ¿Se apoya en los hechos M. Joly cuando hace tal afirmacion? ¿Tiene derecho para decir «que el instinto, si es que lo hay, queda siempre independiente en su esfera, extraño siempre á la razon, que puede estudiarlo, á no dudar, como un extraño mecanismo, pero que generalmente no obtiene de él más que lo que ella le da? Seguramente, no; porque no hay ninguna de nuestras facultades instintivas que no pueda ser dominada por la voluntad y profundamente modificada ó corregida por ella. Los andarines, los buzos y los cantantes, ¿no modifican su respiracion y la regulan de una manera metódica? De sobra hay datos para refutar la afirmacion de M. Joly, y es extraño que un hombre tan versado en la cuestion los haya desconocido.

Hé aquí su argumento principal. Se desarrolla en un centenar de páginas, pero nosotros le condensaremos aquí para su mejor comprension.

Se presenta en forma de discusion con uno de esos sabios del dia que «fluctúan entre el materialismo y el positivismo, discípulos ó aliados de Darwin,» contra los cuales se dirige todo el libro. Sabido es que el objeto de ellos es encontrar un paso, un tránsito, de la inteligencia animal á la inteligencia humana; se trata, pues, de cerrarles el camino con una serie de barreras que se refuercen unas á otras.

Esos sabios creen hallar en el lenguaje una facultad intermediaria que facilita el paso. El lenguaje

es, en efecto, el instrumento del análisis, y si el animal fuera susceptible de lenguaje lo sería también del pensamiento analítico. En este caso, tres caracteres diferenciarían, según M. Joly, profundamente, el lenguaje humano del lenguaje animal. Aquel es desinteresado, es decir, tiene por objeto la expresión de la idea y no la satisfacción de una necesidad; es objetivo é impersonal; y se funda, en fin, en el empleo de términos y en la invención de conceptos generales. «Todo principio es el signo de una concepción general» (Max-Müller). Luego, «léjos de ser el mecanismo el que por sí solo produce el lenguaje, y por el lenguaje la inteligencia, más bien es la inteligencia la que produce el lenguaje, y, por el desarrollo gradual de éste, la armonía del mecanismo.» Como se ve, esta es la explicación inversa de la que hace un momento nos daba de los efectos del instinto en el animal. Pero supongámosla aceptada. No por eso dejará de poder hacerse la objeción bajo otra forma. La inteligencia, manantial, fuente ú origen del lenguaje, ¿no es más que el resultado de experiencias acumuladas, un conjunto de habituales ideas perpetuadas en la raza por la trasmisión? ¿Cómo responderá á esto M. Joly?

La trasmisión es el punto más decisivo de esta apología. M. Joly aborda de frente esta cuestión, y he aquí cómo trata de esquivar tan formidable dificultad.

Se transmiten en efecto, dice, las enfermedades, incluso las mentales, y los vicios; se transmiten también las aptitudes especiales que se refieren á la estructura de uno de los sentidos; pero no se transmite la virtud ni el talento, y ménos aún la santidad y el genio. «La trasmisión desempeña un papel mucho más peligroso que bienhechor; rara vez produce mejora; casi siempre aumenta y desarrolla el mal; *es una fuerza perturbadora.*» Esta fuerza perturbadora puede, sin embargo, proporcionar á los representantes de una familia, de generación en generación, «*organismos cada vez mejor equilibrados,*» pero no sabrá salir del tipo específico sin exponer á los organismos á graves alteraciones. Desde el momento en que una serie de individuos tiende á diferir del tipo medio, lleva consigo la enfermedad y la muerte. Acaso esto no sea verdad en los animales que la Providencia ha dotado de suficiente elasticidad orgánica para que puedan doblegarse á las exigencias del medio; pero la fijeza del tipo debe ser sostenida por el hombre, que gracias á su inteligencia, puede proporcionarse un segundo medio, completamente artificial, para ejecutar alguna evolución sin transformarse.

En cuanto á los que pretenden ó afirman que los mismos tipos son los efectos de la acción hereditaria, los lleva M. Joly á la época en que la materia se

hallaba todavía en estado amorfo, los coloca frente á frente del problema del origen del primer cristal, y como no pueden explicarle este punto, deduce que tampoco podrían explicarle ningún otro. Luego «la razón es en el hombre un carácter específico, necesario, indivisible, que no puede haber sido producido gradualmente por las desviaciones de un tipo inferior.» No añadiremos ningún comentario á esta explicación que por sí misma se defiende ó se refuta, según los principios de método que se adopten.

El principio de la vida animal y del pensamiento.— Respecto á este capítulo, verdaderamente curioso, puesto que en él se ve á la escuela espiritualista medir sus fuerzas por primera vez con el problema del origen histórico de las ideas de la razón, nos dispensarán nuestros lectores de hacer un análisis más detallado. Volviendo M. Joly á la exposición directa de sus doctrinas, presenta á los principios fundamentales de la razón como derivados de la conciencia misma. Entra en la cuestión metafísica; y al concluir, para explicar la multiplicidad aparente de las almas en nosotros, se adhiere formalmente al monadismo leibniziano, con arreglo al cual, y por su propia confesión, la diferencia entre el alma animal y el alma humana se reduce á los diversos grados de concentración del organismo. En ambos hay armonía; pero en uno el director de orquesta es atendido, y en el otro no le hay. Según se ve, la diferencia entre el hombre y el animal se reduciría á poca cosa bajo el punto de vista metafísico. A decir verdad, el único refugio de la escuela consiste en sostener que, *históricamente*, no ha encontrado camino. Tal es la última palabra de la doctrina de M. Joly.

El libro lleva por primer título: *Psicología comparada*. Pero intenciones nos dan de decir que más bien es un ensayo de psicología separada. La psicología comparada, ó por mejor decir, la biología, ha venido á formar una sola teoría de todas las formas y de todas las funciones de los órganos vitales; todo lo que existe y se reproduce es sometido por ella al imperio de las mismas leyes. ¿A qué puede aspirar la psicología comparada, sino á explicar también todas las conciencias por idénticas leyes? ¿Cuáles son estas leyes generales? No nos es dado prejuzgarlas. Pero en nombre del método y de la lógica, rechazamos enérgicamente toda doctrina que tienda á hacer del alma y de la psicología humana una especie de república microscópica de Saint-Marin, en medio de una inmensa naturaleza y de una ciencia unificadas.

(Revue Scientifique).

LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON JOSÉ CARVAJAL.

Aunque reconozca de buen grado mi insuficiencia para dar colorido á estos bocetos, no es parte pequeña á quitárselo la conformidad que guarda mi pobre entendimiento con las ideas profesadas por los ilustres oradores que presento al público. Sé bien que el elogio á que me inclina ésta para mí feliz avenencia, no puede despertar interés. Tampoco se me oculta que la más áspera censura y hasta la crítica mordaz ó maldiciente, regocija á los perversos, y alguna vez hace también sonreír á los benévulos. Porque así es nuestra naturaleza. El brillo de los unos significa siempre la oscuridad de los otros. Mas yo no tengo ninguna culpa de que la mayoría de los oradores del Ateneo sean elocuentes y discretos. Si no lo fuesen tanto, quizá ganaran mis semblanzas en color y en dibujo. Pero ¿qué ganaría con ello la cultura de la patria?

La historia del orador que ahora juzgamos no puede ser más breve. Pertenece á esa clase de hombres cuya historia se resume por mucho tiempo en la historia de su pensamiento, que nutren lentamente allá en el silencio de sus soledades, cuando la borrasca de la tiranía azota con furia los cristales del retiro que les da albergue y se escucha apenas el sordo gemir de la patria que se dobla, se retuerce y cede á la violencia del huracán. Estos hombres salen llamados por las circunstancias á detener la mano airada de la demagogia cuando quiere perpetrar el mayor de los crímenes, la ruina de la libertad. Aparecen en el ocaso de las revoluciones á prestarles un apoyo que por desdicha no alcanza á conjurar la gran derrota.

El Sr. Carvajal no apareció en la vida pública sino al llegar al apogeo de sus facultades intelectuales y al colmo de su experiencia. Desdeñó lo que aquí ha dado en llamarse con no poco cinismo la carrera política, y dedicó su claro talento á la direccion de empresas industriales ó financieras. La carrera política en España tiene todo el aspecto de una carrera, de una algarada á través de los fértiles campos del presupuesto. Por gran desdicha, á mi juicio, ha querido aplicarse á la direccion de los negocios públicos el principio económico de la division del trabajo, y en nuestra patria á los jóvenes se les destina indistintamente á ingenieros, veterinarios ó políticos desde sus primeros años. Convertida la política en profesion, el que á ella se dedica prescinde casi en absoluto de la vida del ciudadano, desconoce las necesidades del país porque no las ha sentido, también su opinion porque siempre ha militado en un partido que oscurece su pensamien-

to con torpes preocupaciones, y se aplica con ahínco á conquistar puestos en el escalafon de los hombres de Estado. Confieso ingenuamente que en esta ocasion no veo la ventaja de la distribucion de tareas. Pienso que la política no debe ser un oficio, sino una de las indeclinables funciones del ciudadano. Todos necesitamos ser políticos, y todos debemos consagrar parte del tiempo que nos dejan libre nuestras ocupaciones profesionales á meditar sobre los árdulos problemas de la gobernacion del Estado y á gestionar activamente sus intereses, que son también los nuestros. La plaga de los políticos de profesion es tanto más terrible, cuanto que invaden el campo de todos nuestros partidos. Como la flora terrestre nacen y se desarrollan así que encuentran en el suelo que pisan condiciones de existencia. Los enemigos más encarnizados de esta política profesional han sido los partidos extremos, y cuando el viento de la fortuna los echó á la playa del poder, ¡ay! no dejaron de hallar bella la profesion. Triste es reconocer que esto mismo ha podido observarse varias veces en el gobierno de los partidos avanzados. Se resuelven con sana intencion á cortar todos los abusos, pero en algunos de ellos quedan cautivos. Recuerdan á aquel soldado que gritaba: «Mi teniente, acabo de hacer un prisionero!» Y cuando el teniente le mandaba que lo trajese, contestaba: «No puedo, porque me tiene sujeto.»

Bajo este sentido, la figura del Sr. Carvajal no puede ménos de aparecer simpática. Es un político de ayer, y acaso por esto le desdeñaran los que desde sus juveniles años han seguido la carrera de ministro, empezando por concejales. Los señores del escalafon deben sufrir con paciencia, no obstante, que el Sr. Carvajal haya comenzado por el fin, porque si no ha intervenido de un modo tangible en la administracion del Erario municipal ántes de intervenir en el nacional, no ha dejado por eso de preocuparse con ella y estudiarla. Ha sido siempre un concejal platónico.

Fuera para mí tarea más sabrosa el juzgar al señor Carvajal como orador político que como académico. El Parlamento fué el teatro de sus campañas más brillantes. Como orador del Ateneo no hemos tenido el gusto de conocerle hasta el presente año, y cualquiera comprenderá las dificultades con que he de luchar para hacer el juicio crítico de un orador que por vez primera levanta su voz en tales debates. Esto no obstante, el Sr. Carvajal ha tenido tiempo para mostrar excelentes condiciones en este género de oratoría. Por el vigor de su pensamiento, siempre fino é intencionado, por la solidez de sus conocimientos, y más que por esto, por la pasmosa correccion y sonoridad con que maneja el habla castellana, puede y debe ser colocado este orador en primera línea.

Habla con cierta solemne entonacion que no permite echemos en olvido al hombre de Estado, é imprime á su palabra una trascendencia que no es la científica, sino altamente personal y política. No se remonta jamás el Sr. Carvajal por encima de la realidad, ni se engolfa en apartadas disquisiciones; habla para el momento actual, razona sobre lo inmediato y dice lo que ha querido decir; nada más, pero tampoco nada ménos. La significacion de actualidad que el Sr. Carvajal presta á su palabra hace que se le escuche con profunda atencion y con religioso silencio, pero desnaturaliza un tanto el candor tradicional de los debates académicos. Bien claramente nos revela esto que el Sr. Carvajal es, ante todo, un orador parlamentario. Otro hecho nos lo acusa con mayor claridad aún. El Sr. Carvajal se ha distinguido siempre en las contiendas parlamentarias por el empleo de la sátira, que maneja con rara habilidad. Pues bien, este elemento, tan característico de su oratoria, lo ha hecho desaparecer así que levantó su voz en la cátedra del Ateneo, juzgando, y no sin razon, que en los severos moldes del debate científico no cabe con holgura esa referencia continua á la persona, que se observa en toda lucha parlamentaria (1). La ausencia de este elemento, á tal punto integrante en la oratoria del Sr. Carvajal, esparce sobre ella un tinte de frialdad que la perjudica, porque no es ingénita, sino accidental. Quédale, sin embargo, esa serenidad majestuosa y casi sacerdotal que, si no hiere vivamente al sentimiento, avasalla y reduce á la inteligencia. Hay en su forma de expresion un tono tan soberano, que ayuda poderosamente al éxito de su elocuencia.

La energía de sus convicciones no se revela como en la mayor parte de los oradores demócratas (sobre todo en los antiguos) por la exaltacion y la intransigencia. Manifiéstase, al contrario, por el lógico encadenamiento de sus ideas y por ciertas extrañas concesiones hechas á los representantes de la tradicion que no dejan de irritar al elemento más impetuoso del partido extremo liberal. El Sr. Carvajal, al obrar así, prueba que tiene más seso y más amor á la libertad que los que á cada minuto la ponen á dos dedos del abismo con sus insensatos discursos, cuando no con sus locas empresas. En efecto, el Sr. Carvajal no está vaciado en el mismo molde que los oradores liberales del primer tercio de nuestro siglo. Aquel era un período de destruccion, y convenia á los fines de la idea democrática el que sus defensores en la prensa ó en la tribuna encendiesen

(1) Advertiré de paso que no quiero recordar al lector con estas palabras las formas empleadas en el debate por el Padre Sanchez, á quien ya he tenido la honra de dedicar un artículo.

su palabra con la tea del exterminio, fuesen otros tantos arietes aplicados á la fortaleza del pasado. Mas hoy nuestra situacion ha cambiado radicalmente. Hemos sembrado de ruinas el suelo de la vieja Europa, y á su vista sentimos la necesidad de alzar sobre robustas pilastras las bóvedas espléndidas del alcázar del porvenir. Tregua, pues, á la piqueta demoledora, y vengan á nosotros diestros artífices para labrar con primor los colosales fustes. Si por acaso el brazo de los nuevos artífices no presenta formas tan atléticas como el de los pasados, no nos importe: para destruir hacen falta principalmente la decision y la fuerza; para edificar son necesarias la perseverancia y la idea.

Despues de manifestar que el Sr. Carvajal no debe clasificarse en el género de aquellos oradores que hace algunos años podían llamarse *milicianos* y hoy reciben otro nombre derivado de cierto combustible de universal consumo, sólo nos resta fijar nuestra atencion sobre el elemento artístico de sus discursos, sobre su forma. Y en verdad que, llegados á este punto, no es fácil que acertemos á significar cuánto nos admira la palabra de este orador. Porque esta palabra no es simplemente correcta: ofrece su correccion tal esmero, que hace recordar las líneas de la estatuaria. Parece que el orador, cuando habla, tiene por lengua un buril que va esculpiendo sus frases. Al escuchar esta palabra siempre tersa y armónica, el orgullo nacional se nos sube á la cabeza y prorumpimos en exclamaciones de entusiasmo, porque abrigamos la ilusion de que las demas naciones nunca acertarán á producir oradores como los nuestros. España es la patria de la elocuencia. Ningun otro país presentará en el dia oradores como Castelar, Moreno Nieto, Moret y Carvajal. Porque no se limitan nuestros oradores á expresar su pensamiento claramente y con diction correcta, sino que agotan en sus discursos los más ricos tesoros de la poesía y los últimos recursos del idioma. Más que oradores, son pintores y escultores de la palabra.

Tales son las impresiones, torpemente reproducidas, que en mi ánimo ha dejado el discurso del señor Carvajal. De hoy más, el Ateneo cuenta con otro orador elocuente; la libertad con otro campeón insigne.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

VOCABULARIO DE LA ECONOMÍA.*

PAUPERISMO.

Se emplea esta palabra para designar la extensión de la miseria á grandes masas de individuos, á clases enteras de la sociedad. Pobre es el que tiene poco; indigente el que no posee nada, y el pauperismo es la existencia de colectividades muy numerosas que carecen de los bienes económicos y aún de la posibilidad de adquirirlos, ó se hallan á cada paso expuestas á caer en esa situación.

El pauperismo no es un hecho peculiar de nuestra época, ni una consecuencia del desarrollo de la industria. Si así fuese, habría que renegar del progreso económico y declararle contradictorio. La riqueza es hoy mayor que en ningún tiempo de la historia, y es imposible que haya crecido con ella la miseria. Cuando todos eran pobres, la indigencia tenía un carácter normal y permanente. En la Edad Media hambres espantosas diezaban con frecuencia las poblaciones, y no se hablaba, sin embargo, del pauperismo, porque hubiera sido inútil, no habiendo elementos para apreciarle, ni recursos que aplicar á su remedio. La civilización moderna ha dado nuevas formas al pauperismo, le ha hecho transitorio y ménos intenso; pero se preocupa con él y busca con empeño en la ciencia y en la vida los medios de combartirle.

La esclavitud, la servidumbre y el feudalismo establecían entre los individuos de las antiguas sociedades cierta comunidad por virtud de la que, aún siendo muy precaria la condición de todos, se estremaban ménos las diferencias y los contrastes. La desigualdad era entonces más *jurídica* que *económica*, porque el amo cuidaba de la manutención del esclavo, y el señor compartía con siervos y vasallos lo mismo las privaciones que la abundancia. Pero la emancipación de los trabajadores ha venido á colocarlos más bien *enfrente* que *al lado* de aquellos *bajo* quienes ántes vivían, y rotos todos los lazos, abandonado á su suerte cada cual, los unos han subido hasta la opulencia, y los otros han encontrado más dura su miseria. La igualdad ante la ley ha hecho más sensibles las desigualdades ante la riqueza, y por eso la *cuestión social*, que era en los pasados tiempos una cuestión de derecho, es hoy en primer término una cuestión económica. Agréguese á esto la rapidez con que se han multiplicado las clases trabajadoras, su aglomeración en centros determinados por el establecimiento de las grandes industrias, las crisis á que éstas se hallan expuestas con la invención de las máquinas y nue-

vos procedimientos, y la inseguridad en que viven por efecto de la continua lucha que sostienen unas con otras en el mercado, y se tendrán las causas del pauperismo moderno, caracterizado, como ya hemos dicho, no por el aumento de la miseria, sino por cierta agravación relativa, por la existencia de dolores y sufrimientos que afectan ó amagan siempre á grandes masas de la población, en medio del lujo y la disipación en que vive el menor número.

Tres son las soluciones propuestas para atender al pauperismo, ocasión de graves conflictos que amenaza constantemente el sosiego público, y constituye la *cuestión social* bajo el aspecto económico: *la libertad*, que proclaman los individualistas; *la intervención del Estado*, que defiende el socialismo; *la resignación* del que sufre y *la caridad* del que posee, que predica la escuela católica (1).

La libertad está ensayada, pero sin fruto; bien es verdad que los mismos que la recomiendan no pretenden que haya de evitar el mal, sino reducirle todo *lo posible*, por donde vienen á concluir realmente en que no hay solución para el problema. Precisamente los pueblos en que mayor amplitud tiene la libertad económica, son los que más padecen del pauperismo; y ¿cómo no, si los abusos de la libertad, la imprevisión de los unos y la codicia de los otros son á menudo las causas que le producen? Muchas veces los indigentes son los vencidos en una competencia desastrosa. La libertad quiere decir supresión de trabas, alejamiento de obstáculos; es un principio puramente *negativo*, y no puede dar por sí solo el remedio que se busca.

La acción del Estado tampoco es cosa nueva ni más eficaz. Empleada como directora del movimiento económico, no ha creado, ni puede producir más que una organización industrial arbitraria y violenta, ataca la propiedad y la esfera en que debe moverse el individuo, y cuando quiere nivelar las fortunas, no hace más que quitar á unos sin dar á otros, poner obstáculos al bien y ocasionar nuevos males. Ejercida por medio de la beneficencia la intervención del Estado, aparte de otros muchos inconvenientes, más bien fomenta que disminuye las causas del pauperismo, y no se dirige ya á evitarle sino á atenuar sus efectos.

La Iglesia, en este punto, se coloca en el lugar que la corresponde; no juzga las cuestiones económicas, y se limita á ofrecer la resignación y el amor del prójimo como bálsamos que mitiguen los dolores de la sociedad. Pero esto no es una solución, porque siendo muy bueno que se resigne el que sufre y sea caritativo el afortunado, lo mejor y lo que se desea es que desaparezca el sufrimiento y no sea necesario socorrerle.

* Véanse los números 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167 y 168, páginas 365, 398, 439, 500, 522 558 y 598.

(1) Azcárate, *Estudios económicos y sociales*.

Resulta, pues, que en esta como en todas las cuestiones, los individualistas solo tienen razón contra el socialismo y viceversa: aquellos dicen verdad al afirmar como necesarias la libertad y la propiedad individuales, rechazando la opresión de los Gobiernos; y este se halla en lo cierto cuando demuestra que la libertad no basta para concluir con el pauperismo, y sostiene que el Estado tiene *algo* que hacer en este asunto; pero ambos sistemas son incompletos.

Siendo el pauperismo una cuestión *económico-social*, será necesario que contribuyan á resolverla todos los elementos y fuerzas de la sociedad. El individuo, que con motivo pretendía y ha conseguido ser libre, salvo escasas excepciones, en el manejo de los bienes materiales, debe hacer un recto uso de su libertad, estableciendo la industria sobre bases racionales de organización y armonía que hagan imposibles las crisis, los conflictos y las alternativas violentas en las fortunas, tomando como norma de su actividad el bien y no el egoísmo, valiéndose de la competencia como medio de progreso, no como arma para el daño ajeno; si es capitalista y rico, ha de ver en el trabajador, no un instrumento, sino un socio, y en el indigente un hermano; si es simple operario y pobre, debe ser previsor, computando al lado de sus necesidades del momento los riesgos del porvenir, y ha de considerar al empresario como á un tutor, cuya prosperidad le interesa. Es preciso, en suma, que las relaciones económicas se despojen del carácter exclusivista y de intransigencia personal que hoy revisten, para inspirarse en un sentido más amplio y más moral: en la idea del bien colectivo. Tanto como se ha aprovechado la actividad libre para desarrollar la producción y multiplicar la riqueza, es necesario emplearla ahora para conseguir una distribución equitativa y un reparto proporcionado de los bienes materiales. El Estado, á su vez, está en el caso de favorecer ese movimiento, sin dirigirle, por medio del estímulo y la ayuda complementaria á la acción individual. Y todas las otras instituciones sociales, la religión, la moral, la ciencia, tienen su parte en la obra, han de contribuir á ella poderosamente llevando á la vida económica la saludable influencia de las ideas de Dios, de la verdad y del bien.

Entretanto que se consigue el resultado de esos esfuerzos, sólo la prudencia de ricos y pobres, más obligatoria para los primeros que para los segundos, puede evitar que el pauperismo sea origen de grandes catástrofes y una rémora que detenga los progresos de la Humanidad.

PESOS Y MEDIDAS.

Son los instrumentos que sirven para determinar, refiriéndolas á un tipo común, las proporciones en que se cambian los productos.

Las medidas han de acomodarse á la naturaleza de las cosas á que se aplican, y así unas son de extensión superficial, otras de volumen, de peso, etc.; pero las de cada clase constituyen un sistema, porque todas son múltiplos ó divisores de la unidad adoptada como base. La elección de esta es arbitraria, aunque debe consistir en alguna medida invariable de la naturaleza para que pueda rectificarse en todo caso, y luego se toma como medida usual para cada género de transacciones el múltiplo ó divisor de aquella que más se aproxima á la extensión general de las necesidades.

La diversidad de las medidas usadas por cada país, y aún en las comarcas ó localidades de una misma nación, es una grave dificultad para el cambio, porque las personas que se valen de sistemas distintos, se hallan para este caso en situación muy análoga á la de aquellos que hablan idiomas diferentes. El sistema decimal, formado para conseguir la uniformidad, es de creer que llegue á realizarla lentamente á pesar de sus defectos.

POBLACION.

Económicamente representa el elemento trabajo y el término á que se dirige la riqueza; de aquí que, siendo á la vez origen de la producción y causa del consumo, deba estudiarse la relación en que se hallan sus influencias bajo cada uno de esos aspectos. El célebre escritor inglés Tomas Malthus, es el que primero ha planteado esta cuestión importantísima, y su doctrina ha servido de fundamento á todas las consideraciones posteriores.

La población, decía Malthus, libre de todo obstáculo, se duplica cada 25 años y crece siguiendo una progresión geométrica como los números 1, 2, 4, 8, 16, etc.; mientras que los medios de existencia, en las condiciones más favorables de la industria, no pueden aumentar más rápidamente que los términos de una progresión aritmética, es decir, como los números 1, 2, 3, 4, 5, etc. Consecuencia: hay un desequilibrio entre la facultad procreadora y la productiva del hombre; la población crece con más rapidez que las subsistencias, y el exceso de aquella nace condenado á la privación y la muerte. El vicio y la miseria, engendrados el uno por el otro, obran como *obstáculos preventivos* del desarrollo de la población, disminuyendo la virtud prolífica y, por consiguiente, el número de los nacimientos, y hacen el oficio de *obstáculos represivos*, encargándose de ejecutar esa terrible sentencia que priva de la vida al que nace fuera del límite preciso. El único medio, añade Malthus, que el hombre tiene para evitar la acción fatal de esos agentes, es la *continencia*, el uso prudente de su facultad reproductiva, «la virtud de no casarse y vivir, sin embargo, castamente, cuando no se tiene con qué mantener una familia.»

Es indudable que Malthus no quiso dar un valor absoluto á las dos proposiciones, que son la base de su teoría, y que se valió de los términos numéricos sólo para hacer más enérgica la expresión de su pensamiento. No se concibe que pretendiera encerrar en fórmulas matemáticas y atribuir carácter de fatalidad al desarrollo de hechos que, en gran parte, dependen de la voluntad humana. Pero ni aún como *probabilidad* ó *tendencia* puede admitirse que la población haya de aumentar más de prisa que los medios para sustentarla. La facultad procreadora del hombre no es una cantidad fija y constante; se halla influida por todas las condiciones físicas que le rodean y por la cultura del espíritu: así vemos, al lado de pueblos que se multiplican rápidamente, otros que se estacionan ó disminuyen; que el aumento de la población no es igual en las comarcas ó regiones de un mismo país, y que hasta para las diversas clases sociales que viven juntas son diferentes las proporciones del crecimiento. La Estadística demuestra cuán vária es la relación entre el número de los nacimientos y el total de la población, y la ley que resulta más comprobada es precisamente contraria á la doctrina de Malthus, porque los nacimientos disminuyen relativamente con la densidad de la población, y la virtud prolífica parece hallarse en razón inversa de la civilización y la cultura. Todavía siendo igual en todas las condiciones la facultad procreadora del hombre, no es consecuencia necesaria la de que haya de reproducirse constantemente de una manera uniforme: no basta que la especie humana pueda desarrollarse en cierto sentido; es preciso, además, que *quiera* hacer siempre el mismo uso de sus facultades para que la ley se cumpla, por donde la libertad y todos los motivos que la determinan entran al cabo como elementos que han de apreciarse en el hecho de la población. ¿No reconoce Malthus esto mismo cuando declara que la continencia, es decir, una resolución de la voluntad, puede impedir el aumento progresivo de la especie, deteniéndole en el límite de las subsistencias? Su error está en que considera el acto de la reproducción como puramente instintivo ó pasional, y la razón á modo de un obstáculo que se le opone. No: la razón no es cosa extraña ni opuesta á la facultad procreadora, y ese acto importantísimo de la vida no es resultado de una fuerza aislada é independiente de la voluntad; está sometido á ella y gobernado por la razón; es tan libre como cualquiera otro humano, y rechaza ese carácter de necesidad que quiere atribuírsele.

Otro tanto podemos decir de la proposición relativa al aumento de las subsistencias. Tampoco la capacidad productiva del hombre puede representarse por una cantidad fija, ni está sujeta en su desarrollo á movimientos acompasados é inaltera-

bles. El trabajo es susceptible de aplicaciones indefinidas y su eficacia crece en proporciones que no es dado prever. El descubrimiento de una utilidad antes desconocida, la invención de una máquina que hace posible nuevas industrias, dan lugar á progresos de la riqueza que no guardan relación alguna con su estado anterior, y aún los adelantos conseguidos en producciones ya establecidas, no son meros *sumandos*, obran como *factores* que multiplican los medios económicos. Malthus se fijó principalmente en la lentitud con que marcha la agricultura; mas si hubiera podido conocer la transformación que esa industria ha realizado en su país en los últimos treinta años, renunciaría de seguro á los términos de su proposición.

Queda de cierto en la teoría de Malthus la *posibilidad* de que la población traspase el límite de las subsistencias, y la acción que en este caso ejerce la miseria, impropriamente llamada *obstáculo*, porque es la sanción económica, la forma de responsabilidad que sigue en este orden al uso irracional que hace el hombre de cualquiera de sus facultades. El descubrimiento y la propagación de esas verdades serán siempre un título de gloria para Tomás Malthus, porque pusieron término á la preocupación de considerar en absoluto el aumento de la población como medio de prosperidad y de fuerza, y de estimular su desarrollo de un modo irreflexivo y altamente pernicioso.

La población da el trabajo; mas la riqueza no se produce sin el concurso de otros dos elementos: los agentes naturales y el capital; de suerte que si el hombre no tiene á su alcance un agente natural sobre que ejercitar sus facultades ó un capital de que hacer uso, no puede ser trabajador, y como ha de consumir forzosamente, habrá de sostener una vida de tristes sufrimientos á expensas de los demás. Las plazas ó retribuciones que ofrece la industria en cada momento son en número determinado; y los que excediendo de él pugnan por obtener colocación, hacen bajar los salarios y causan la ruina de los otros sin evitar su desgracia.

Toda la prudencia es poca tratándose de la reproducción de la especie humana. «No obraría cuerda-mente el que multiplicase los árboles en su campo más allá del número que puede mantener; nadie cria animales domésticos ó de labranza sin contar con recursos para alimentarlos: ¿qué pensaremos entónces de aquellos que, hallándose en la miseria, engendran seres que vengan á disputarse el derecho de sufrir?» (1)

PRECIO.

Es la relación de dos productos en el cambio, la medida de un valor en otro valor. Entre dos pro-

(1) Buret, *De la misère des classes laborieuses*.

ductos que se cambian hay *equivalencia*, una relacion de igualdad y el uno es precio del otro.

Suele definirse el precio diciendo, que es el valor expresado en dinero; pero esto es tan equivocado, como si dijéramos que el peso es la gravedad expresada en kilogramos. La moneda sirve para medir los valores, interviene en el mayor número de los cambios y á ella se refiere ordinariamente el precio; pero una cosa es la estimacion relativa de dos productos, y otra el instrumento que se emplea para establecerla. ¿No han existido los precios ántes que la moneda? ¿No hay acaso precio en la permuta? ¿No tiene precio la moneda misma? Tanto es así, que el precio en dinero es solamente *nominal* y depende de la cantidad de metales preciosos que circulan. El precio *real* de los productos es el esfuerzo necesario para obtenerlos.

Tambien se confunde el precio con el valor. Sin embargo, se los distingue fácilmente teniendo en cuenta que si ambos expresan una relacion del producto, los términos son diferentes para cada uno de ellos: en el valor la relacion es primeramente con las necesidades, en el precio con otro producto; el valor mide la utilidad; el precio es medida de los valores para el cambio. (V. *Valor*.)

El precio de cada producto consiste en la cantidad de riqueza necesaria para compensar los gastos hechos en su formacion y retribuir al productor con el beneficio que le corresponde; pero como las relaciones del cambio se determinan en virtud de otros datos, hay, además de ese precio que se llama *natural* ó *remunerador*, otro que se dice *corriente*, y es el valor que se ofrece por cada producto; en otros términos: precio natural es el que tiene el producto al salir de las manos del industrial, y corriente el que logra hacer efectivo en el mercado. Este último se fija por la accion de la oferta, y la demanda, baja si los productos abundan, y se eleva cuando escasean.

El precio natural varía con todas las alteraciones que experimentan los gastos de la producción é influye en el precio corriente, porque el aumento de esos gastos significa una mayor dificultad para producir, que reducirá la oferta; y la disminucion, al contrario, que facilita la industria, llevará mayor número de productos al mercado. De aquí que el progreso económico dé lugar á la baja incesante de los precios.

El precio corriente puede ser igual y mayor ó menor que el natural; pero tiende siempre á nivelarse con éste. Cuando el precio corriente es mayor que el natural, el exceso de beneficio que obtienen los productores atrae nuevos capitales y brazos á la industria en que esto sucede, y aumentada la oferta, baja el precio del mercado; si el precio corriente no alcanza á cubrir el natural, la reduccion del be-

neficio ó la pérdida que sufre el productor le hacen abandonar la industria, y la restriccion consiguiente de la oferta da lugar á la subida del precio.

Esta es la ley que de hecho rige en el mercado, y por ella se gobiernan los movimientos del cambio. ¿Hasta qué punto, sin embargo, es satisfactoria esa ley y puede ser sancionada por la ciencia? Después de reconocer que hay un precio *natural*, ¿es dado admitir otro *fortuito*, *arbitrario*, que no se funda en las cualidades del producto ni en los esfuerzos del productor? La situacion del mercado, circunstancia posterior á la formacion del producto, que no influye por consiguiente en el trabajo empleado para obtenerle ni afecta tampoco á su utilidad, parece que no debiera ser la llamada á determinar los precios; la escasez de un artículo no autoriza al industrial para elevar indefinidamente su precio á expensas del consumidor, ni es razonable que éste en los casos de abundancia reduzca el precio sin limitacion alguna, negando al productor la recompensa de su trabajo y el pago del servicio que le presta. No satisface, pues, como reguladora del cambio, la accion de la oferta y la demanda, que ha de dar lugar á continuas injusticias; y así sucede, en efecto, porque diariamente oimos decir, hablando de algun precio, que no vale tanto ó vale más que el objeto á que se refiere.

Pero no basta decir que el precio natural es el único legítimo, porque ya hemos visto que éste se compone de dos elementos, los gastos de la producción y el beneficio; y si aquellos pueden computarse fácilmente, no sucede así con el segundo: el beneficio es, en último resultado, un precio, el precio del trabajo, y mal puede darnos el principio que buscamos, cuando hay que empezar por aplicarle á él mismo.

La dificultad no está resuelta. La Economía se ha limitado hasta aquí á explicar cómo se fijan los precios, y ha creído, sin duda, innecesario investigar si debieran formarse de otro modo, ó imposible de sustituir el mecanismo de la oferta y la demanda.

PRESUPUESTO.

Es la deferminacion de un fin económico y de los medios materiales necesarios para alcanzarle.

El presupuesto es antecedente indispensable para toda actividad ordenada, lo mismo individual que colectiva, ya como norma general de conducta, ya como plan de algun acto determinado, establecimiento de industria, consumo de riqueza, etc. En el presupuesto se ha de considerar, primero el fin como necesidad, como *gastos*, y luego los medios como *ingresos* ó recursos para obtenerlos.

J. M. PIERNAS Y HURTADO.

Catedrático de la Universidad de Zaragoza.

(Continuará.)

ESTUDIOS SOBRE LA CÉLULA.

DIFERENCIACION FÍSICA.

La forma primera que acepta toda masa protoplásmica es, como ántes indicamos, la más sencilla de las de equilibrio de los líquidos sin gravedad.

La porcion de aquella sustancia que se separa de un individuo anteriormente constituido, principia por contornearse en una esfera. La segmentacion de los *vitellus*, las divisiones de las células y hasta la separacion de diversos fragmentos de aquellas, son otros tantos y numerosos ejemplos que comprueban el principio que acabamos de indicar.

Pero á medida que el protoplasma absorbe agua, y cuando mediante estas acciones se aumenta poco á poco su volúmen, tienen necesariamente que modificarse sus primitivas condiciones. Su masa va siendo algo más considerable, y la influencia de la gravedad de la tierra se hace ya sentir con alguna mayor energía: la diferencia de densidad de las diversas porciones de los líquidos que á aquella rodean dan lugar á los mismos efectos que se muestran en los experimentos de Plateau; la condensacion de una cutícula epidérmica en su parte exterior y el desarrollo de la membrana, hacen aparecer un sólido de forma variable, puesto en relacion y contacto con la primera; y todo engendra el conjunto variadísimo de circunstancias que, segun sabemos, son capaces de modificar hasta el infinito las indicadas formas de equilibrio de los líquidos sometidos á las llamadas fuerzas moleculares. ¿Mas es esto realmente lo que sucede?

Dos caminos han sido posibles para ejecutar la comprobacion de que tales principios se cumplen del mismo modo en el desarrollo de la célula, y ámbos han proporcionado algunos datos, bastante seguros, para el establecimiento de la doctrina que estamos exponiendo.

Es el primero la observacion directa, y el estudio continuado de todas las fases por que atraviesan las masas celulares.

Consiste el segundo en suprimir la influencia que admitimos ha debido tomar parte en la separacion que ha experimentado el protoplasma desde las formas primitivas, y ver si, como parece presumirse, se halla efectivamente obligado á regresar á ellas.

La investigacion inmediata del desarrollo protoplásmico, muestra que, cuanto más aumenta en volúmen una cualquiera de aquellas masas, más se separa de la indicada forma fundamental. El protoplasma absorbe agua de los líquidos que le rodean, esponjándose y ocupando cada vez mayor extension, y á manera que esto se verifica, se deprime más ó ménos considerablemente, de igual manera que se deprimen también las gotas de mercurio á

quienes se agregan nuevas porciones de la misma materia. Tan enérgica es á veces esta accion, que el cuerpo no puede permanecer unido, y se segmenta redondeándose cada porcion más de lo que se hallaba la primitiva. Sólo en estas consideraciones vemos ya la indicacion de una de las primeras causas de la alteracion de la forma de las diferentes agrupaciones de la sustancia á quien llamamos fundamental.

En algunas otras células crece al mismo tiempo rápidamente la envoltura epidérmica.

El estado de solidez en que ella se encuentra la permite conservar una forma por sí misma, é ir aceptando por la agregacion de materia otras alargadas é irregulares en mayor ó menor grado. La adhesion que une á estas con el protoplasma, arrastra y dilata las diversas porciones del último.

Del mismo modo que las armaduras sólidas que Plateau (1) usa, obligan á los líquidos á moldearse como poliedros, lentes, cilindros, etc., etc., así también imprime la membrana determinadas superficies y contornos al contenido celular, siendo la susodicha otra influencia muy poderosa que ayuda á determinar las alteraciones que nos están ocupando.

En las células alargadas, el protoplasma, que ha llegado á dejar considerables lagunas en su interior, se encuentra extendido á lo largo de la paredes celulares, formando como un verdadero saco ó guarnicion interna de éstas. En otros elementos que no sufren tan exageradas dilataciones, pero que se proliferan segmentándose, tal como sucede, por ejemplo, en los *Saccharomyces*, llegan á realizarse iguales hechos por la pérdida de sustancia á que dan lugar estas generaciones.

Esto es lo que ha podido notarse directamente y mediante el auxilio del microscopio.

Suprimiendo el agua por el empleo de sustancias desecadoras; determinando la contraccion del protoplasma por otros recursos y de un modo más ó ménos duradero, y consiguiendo á la vez por los primeros ó los segundos agentes la separacion de aquel, desde las epidermis solidificadas, es como se consigue poner en práctica el segundo de los procedimientos indicados.

Distingamos primeramente para su aplicacion los elementos cuyo protoplasma llena toda la cavidad celular de aquellos otros en que esto no sucede.

En algunas células madres de pólen de diversas especies del género *Passiflora* ha podido notar Hofmeister las mayores reducciones de volúmen de las masas protoplásmicas que no contienen vacuolas (2). En ellas es elipsoidal la antera, y al contraerse el

(1) J. Plateau. *Estática experimental y teórica de los líquidos sometidos únicamente á las fuerzas moleculares.*

(2) Hofmeister. *Doctrina de la célula vegetal* (en aleman).

protoplasma, se modela en una esfera cuyo diámetro es menor que el eje más pequeño de aquella. Dicho botánico representa por 9 y 6 los citados ejes, y por 5 el diámetro indicado. Mediante nuevo acceso de agua, vuelve el protoplasma á ocupar todo el espacio anterior, y entónces su volúmen aumenta de una manera bien apreciable, al mismo tiempo que va pasando gradual, aunque rápidamente, á la forma que ántes poseía.

Bajo el aspecto de esferas se encuentran tambien los contenidos protoplásmicos de las células de pólen de *Pinus larix*, contenidos que se separan de las epidermis celulares mediante la mayor dilatacion experimentada por éstas cuando son colocadas en el agua.

Pasando luego á la exposicion de los fenómenos que tienen lugar en los elementos dotados de grandes vacuolas, citaremos como ejemplo los que se realizan en los de los géneros *Vedogonium* y *Spirogyra*.

El tallo de los primeros consiste en una simple série de células que contienen un saco protoplásmico parietal lleno de granos de clorofila.

Los filamentos de los segundos constan de células cilíndricas, cuya altura es el triplo del diámetro y en las cuales se hallan las membranas de envoltura guarnecidas por una capa protoplásmica. Toda su cavidad interior está llena de jugo celular, nadando en medio de este núcleo, rodeado simplemente por una pequeña porcion de la masa fundamental á la que unen unas estrechas fajas al resto de la misma.

Si hacemos obrar sobre algunas de estas disoluciones de azúcar ó de carbonato de amoniaco, veremos contraerse á sus masas protoplásmicas en esferas cuyo diámetro es inferior al del cilindro que las contiene. Cuando la accion no ha sido muy prolongada, ó excesiva la concentracion de las susodichas disoluciones, es posible devolverlas el agua que ántes poseían, y verlas extender poco á poco, hasta ocupar el mismo volúmen anterior; reproducir su primitiva forma, volver á constituir la gran vacuola que ocupaba su centro, y adherirse fuertemente á las paredes de la membrana, teniéndose en esta série de operaciones una exacta reproduccion del conjunto de los estados por que atravesaran aquellas masas para pasar de su forma fundamental de equilibrio á aquella bajo la cual la observamos ordinariamente.

Mas no se crea que para la produccion de tales cambios son necesarias ni la presencia de los líquidos ni la accion de los recursos extraordinarios.

Fenómenos de contracciones iguales á los indicados se presentan espontáneamente en las *Spirogyras* cuando llega el momento de la conjugacion.

En todos los casos de diferenciacion desde las es-

feras primitivas puede notarse siempre que basta á producirla el simple acceso del agua.

Para la contraccion del protoplasma y regreso á las condiciones que, segun decimos, posee primitivamente, basta sólo en una infinidad de casos que se concentran aquellos líquidos que rodean normalmente á las células, y aumente, por lo tanto, la proporcion de las sales y demas materias disueltas en ellos.

Ejemplos de esto hemos tenido ya en los primeros casos citados, y muchos nuevos podrían hallarse en elementos histológicos del *Iris pumilla*, *Hemero callis flava*, y otras muchas especies de los grupos más diferentes y separados.

Nótase, mediante lo que acabamos de indicar, que este nuevo procedimiento nos conduce á los mismos resultados que el que hemos calificado de directo.

En nuestro *Estudio físico del glóbulo sanguíneo* hemos demostrado que estos elementos se encuentran tambien sometidos á igual serie de modificaciones.

Los indicados cambios se muestran, por lo tanto, con idénticas condiciones en uno y otro reino.

Compréndese además, en virtud de todo lo dicho, que son conocidas las fuerzas que, componiéndose con las moleculares, hacen pasar al protoplasma desde la forma esférica á la elipsoidal, á la elipsoidal aplastada, á la cilíndrica, y desde estas á las más irregulares.

Si miéntras los *protoblastos* se encuentran en un primer momento rodeados de líquidos que todavía no penetran en su interior, pueden conservar aquella especie de indiferenciacion en todas direcciones; desde el instante en que éstos van mezclándose con su masa, ó se condensan en su superficie películas sólidas que crecen por intususcepcion, se hace completamente necesario que las condiciones de aquellos se modifiquen y sufran cambios más ó menos profundos en sus contornos exteriores. Como la accion de las citadas influencias tiene que ser casi inmediata, la variacion protoplásmica debe producirse del mismo modo: de aquí el que sea tan difícil la observacion de aquellas en su primitivo estado de homogeneidad.

En todos estos cambios de forma se muestra al mismo tiempo una nueva causa de diferenciacion.

El agua que empapa al protoplasma divide á éste, por lo ménos, en dos sustancias de densidades diferentes: á la menor dilatacion de su masa disminuye algo la resistencia en unos ú otros sitios, y entónces se acumulan en ellos las partes más flúidas bajo la forma de gotas redondeadas que constituyen lo que ordinariamente se denominan *las vacuolas*.

Estos espacios, cuya formacion es una simple consecuencia mecánica de la imbibicion protoplásmica, se constituyen despues en centros de corrien-

tes osmóticas, y vienen á representar el importante papel de nuevos y verdaderos órganos celulares.

Aquí nos fijaremos únicamente y de una manera rápida en las condiciones mecánicas de su desarrollo, dejando para otro artículo los demás géneros de consideraciones que sobre ellas pueden hacerse.

Masas protoplásmicas de una porción de especies vegetales nos permiten el estudio directo de la generación y crecimiento de las vacuolas (1). De entre ellas citaremos principalmente, primero los contenidos de las células madres de los esporangios de *Pottia* y *Phascum*; después las masas homogéneas procedentes de células de *Nitellas*, *Charas* y *Vancherias*, y últimamente los hilos de las semillas de los *Helechos*, *Equisetos* y muchos otros. Puede decirse, además, en general, que todas aquellas masas que llegan al agua y no están adaptadas para la vida en este líquido, ofrecen inmediatamente la presentación de los fenómenos de que nos estamos ocupando.

Cuando una vacuola se encuentra ya formada, recibe agua por endosmosis al través del protoplasma que la envuelve, y su volumen se va haciendo gradualmente mayor; la presión que ejerce entonces sobre el tabique de la última sustancia citada, distiende á éste, adelgaza sus paredes y le rasga últimamente si la célula es desnuda, mezclándose el líquido de la vacuola con el que se halla en el exterior: si la célula posee una membrana, le comprime fuertemente contra ésta, haciéndole formar como una guarnición interna de ella.

En la producción de estas acciones se nota constantemente que el saco protoplásmico no se adelgaza por igual en todas direcciones: hay siempre una determinada en la que el espesor es ménos considerable, y desde allí crece éste hasta los sitios colocados en oposición á aquella, que son los que la presentan mayor: excusado parece el indicar que la ruptura final se verifica por el primer punto, que es donde es menor la resistencia.

La acumulación de las porciones más flúidas del protoplasma se verifica á veces por separado en dos ó más sitios de una misma célula, y entonces posee ésta igual número de vacuolas.

Capas ó láminas más ó ménos delgadas las separan á unas de otras, y cuando la tensión de aquellas aumenta, disminúyese proporcionalmente el espesor de los tabiques de separación, hasta que pudiéndose romper éstos, se reúnen las primeras en una sola masa. Al producirse estos hechos se nota siempre que la resistencia mecánica que presentan las citadas láminas, cuando ya son muy delgadas, es

mucho mayor de lo que podría creerse, y que hay como necesidad de vencer una gran fuerza para que se confundan dos vacuolas que se encuentran ya casi en contacto. Este hecho concuerda perfectamente con lo observado en todas las esférulas líquidas, sometidas únicamente á sus fuerzas propias ó moleculares que deben ser empujadas con fuerza, y hasta desgarradas en sus superficies cuando se encuentran casi juntas para que se engloben en una misma masa (1).

Así se comprende por qué compleja serie de influencias se van modificando las formas de las masas que estamos estudiando.

Pero tales alteraciones no son las solas que estas experimentan.

Diáfano el protoplasma al principio en muchos de los embriones del uno ó del otro reino epitelúrico, ofrece después casi inmediatamente el aspecto granuloso y el color más oscuro que se nota en el de otras células, y llega así de modificación en modificación hasta el verde que tienen en las que poseen *clorófila*, ó el rojo que presentan en los glóbulos sanguíneos las sustancias que de él se han derivado.

Su estructura, primitivamente homogénea, adquiere con posterioridad un aspecto espumoso, como el que ha observado Lieberkúnn en los elementos histológicos de la *sustancia chondrógena de la cuerda dorsal* y en las *esponjillas*; muestra luego las alternativas de la fluidez á la viscosidad, y de la apariencia de mucílago á la de las gotas de grasa; encierra después la más complicada de los corpúsculos de fécula, y comprende dentro de sí, últimamente, las formas regulares de los cristaloides y las complejas de los granos de aleurona.

Estas múltiples alteraciones se encuentran, conforme se encuentra todo, íntimamente relacionadas entre sí y con los cambios ántes expuestos.

Si el protoplasma se extiende en superficies diferentes de las que ántes poseía, su estructura tiene que experimentar, por este mismo hecho, modificaciones muy profundas que llevarán consigo, según nos enseña la física, los cambios de algunas propiedades ópticas, y sobre todo del color.

Mas por la misma razón que todo se halla estrechamente encadenado, no puede decirse en absoluto que las segundas dependan por entero de las primeras.

El cambio de coloración y de estructura obedece también en alto grado á la constitución de nuevos cuerpos químicos (2). Así, cuando el protoplasma aparece granuloso, casi puede asegurarse que se

(1) Véase á propósito de esto la obra de Plateau, que hemos citado ya ántes.

(2) La creencia general y el modo ordinario de exponer esto es decir que depende sólo de la formación de nuevos principios.

(1) No se crea que las vacuolas son presentadas únicamente por las células vegetales: véase, á propósito de esta cuestión, lo expuesto por Lieberkúnn en *Los fenómenos del movimiento de las células animales* (en alemán).

encuentran en su masa partículas albuminosas coaguladas; otros aspectos diferentes se deben indudablemente á la presencia de las grasas y de los granos de almidon; la coloracion verde de las células vegetales anuncia siempre la presencia de la clorófila; la coloracion roja que van tomando las embriónicas de los vertebrados al irse trasformando en glóbulos sanguíneos, descubre de una manera segura el desarrollo de la hemoglobina. Hé aquí en dónde se marca el punto de enlace con la diferenciación química, aún en la exposicion de estas doctrinas, bajo la forma en que nos vemos obligados á hacerla: forma de sucesion y abstracciones muy separada de aquella con que se muestra en la realidad tódo este inmenso conjunto de cambios.

Pasemos ántes, sin embargo, al estudio de los movimientos protoplásmicos, que no son sino una muestra más aparente de la misma *diferenciación física*.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI,
Catedrático del Instituto de Ciudad-Real.
(Continuará.)

MISCELÁNEA.

Una erupcion submarina.

Curiosa es, en verdad, la declaracion que ha hecho el capitán de la corbeta dinamarquesa *Lutterfeld*, Mr. J. O. Lunginers, del descubrimiento hecho en el mes de Diciembre último cerca de la costa de Tierra del Fuego, 140 millas distante del estrecho de Magallanes en la parte del Pacífico.

Navegando dicha corbeta por aquellas aguas con destino al puerto de Valparaíso, en los 65° 15' 10" latitud S. del meridiano de Greenwich y 75° 12' 10" longitud O. á las tres y cuarenta y cinco minutos de la madrugada del 10 de Diciembre, divisó el vigía por la proa del buque, como á distancia de un cable á barlovento, una porcion de tierra que, arrancando de la superficie de las aguas, se elevaba en forma de una colina, treinta metros próximamente sobre su nivel. Amenazados del peligro de chocar con aquella desconocida mole, gritó al timonel para que orzara, salvando de esta manera al buque de la embestida. El capitán Mr. Lunginers se mantuvo á la capa mientras consultaba las cartas geográficas y el derrotero de aquellas costas; ni en unas ni en el otro aparecía la tierra descubierta, cuya novedad hizo que el capitán citado resolviera esperar que amaneciera para cerciorarse con más exactitud de su descubrimiento.

A las cinco horas y cuarenta minutos de la mañana, lo que parecía una inmensa isla se advertía que había disminuido á la mitad de la elevacion

con que había aparecido á la vista; mas como de noche los objetos suelen aparecer con distinta apariencia, esperó á que aclarara más el día para enviar un bote con el objeto de reconocerla. Se embarcó, pues, en la canoa de á bordo con el piloto y cuatro marineros en direccion á tierra. Esta, según dicho del capitán, medía entónces una extension de cien metros cuadrados; su figura era cónica, formando una pendiente rápida, de plano inclinado: al saltar uno de los marineros con el cabo de proa de la canoa, tuvo que reembarcarse á consecuencia del fuego que depedia su suelo, aunque sin producir humo. Pero comprendió que el abrasador elemento hervía interiormente á juzgar por el estado de ebullicion que se notaba en los extremos ó costá que bañaba el mar.

El capitán dedujo desde luego que ésta era una erupcion submarina, poco conocida en aquella parte de América, al ménos á tanta distancia de la costa continental. A las ocho de la mañana el islote había desaparecido y la corbeta *Lutterfeld* cruzó á través del lugar que ántes ocupaba aquel territorio misterioso.

Hace tiempo que estos fenómenos se han observado frente á la costa de Sicilia en el Mediterráneo, y en otros puntos donde existen terrenos volcánicos, pero no hay ejemplo de la desaparicion repentina del que acabamos de reseñar.

Necesidad del agua en las minas de carbon de piedra.

Segun observaciones hechas por Mr. A. Riembault, en los obreros de las minas de carbon de piedra, en las que se trabaja sin encontrar agua, resulta que el polvo ténue é impalpable del carbon penetra mezclado con el aire en los pulmones de los obreros, en donde se deposita, llegando al cabo de cierto tiempo á rellenar sus cavidades. A los seis años de permanecer continuamente en las minas, el color de los pulmones del minero se altera; á los doce toma un tinte azulado; á los diez y seis es negro completamente, y á los veinte tiene el color del carbon de piedra. En este estado, empieza el desarreglo de los órganos respiratorios en sus funciones, declarándose el catarro y la emphysema, perdiendo la salud el obrero, y al poco tiempo la vida.

Millares de víctimas, según M. A. Riembault, succumben anualmente á causa del depósito de carbon en los pulmones, bastando para prevenir tan perniciosos efectos, que continuamente caiga en las galerías un chorro de agua.